

CRISTIANIDAD



70

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV
15 FEBRERO
1947

No hemos agotado —en realidad está muy lejos de agotarse— el tema de los números dedicados a estudiar aquella época,

turbia de acontecimientos, que en el siglo pasado presenció la arremetida feroz contra la Iglesia de los que por otro lado, aspiraban a la Unidad italiana, bajo el cetro de los Saboya.

Nuestros lectores han ido siguiendo el curso de la historia de este período. Primero la Revolución Francesa del 48; más tarde el estallido general en toda Europa de sucesos similares; la grave repercusión en Italia a las puertas del Vaticano. La huida del Papa reinante —Pío IX— y su reclusión en Gaeta.

Después, la situación se agrava por momentos. Acaba de volver el Romano Pontífice de su destierro con la ayuda de los países extranjeros, cuando tiene que asistir afligido a los directos ataques del Nuevo Estado contra los legítimos derechos de la Iglesia.

Un decreto aprobado por el Parlamento provoca una serie de incidentes a cada paso más lamentables. Las injurias se convierten en abierta persecución. En ningún momento hemos dejado de establecer el paralelo entre aquella época y la nuestra. A este respecto son significativas las palabras del actual Papa combatiendo el desaliento: «¿Queréis desanimaros, tal vez, amados hijos, aterrorizados por este contraste? ¿Queréis también vosotros aumentar el número de los que, desconcertados por la inestabilidad del momento, vacilan en esta guisa o poco menos que conscientemente se prestan al juego de los enemigos de Cristo? ¿Queréis dar prueba de pusilanimidad ante la creciente marea del orgullo y de la violencia anticristianos?».

El **Editorial** se titula: **Es menester pasar por Belén.**

A continuación se insertan los siguientes artículos:

¿**Geopolítica?** **¡¡Predestinación!!**, por Luis Creus Vidal (págs. 74 a 77); **Santos en un Infierno**, por Luis Luna (págs. 78 y 79); **De «Don Pirlone» a «Don Basilio»**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 80 a 82); **Matices de la personalidad de Massimo d'Azeglio**, por Juan Manuel Montobbio Jover (págs. 82 y 83); **Política liberal del Piamonte, I, 1849-1851**, por Fernando Murillo (págs. 84 a 87); **«Atentados abominables contra la Iglesia» Pío IX—Documentos pontificios.—1850-1859**, por S. M. (págs. 87 a 89); **Con Cristo y con la Iglesia**, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 90 y 91); **La Consagración de la Iglesia de Parets**, por Luis M. Figueras (págs. 92 y 93); **El pueblo ruso, la Literatura rusa y su destino común, II**, por el Dr. Alexis Marcoff (págs. 94 a 96).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de José M.^o Serra Goday.



La Revista **CRISTIANDAD**

tiene lectores en los siguientes países

Europa

BÉLGICA: Lieja
INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eastbourne, Chipping, Northon
IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel
ITALIA: Roma, Milán
PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche
SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno

Asia

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Bulsar

Africa

MARRUECOS ESPANOL: Tánger, Melilla, Tetuán

América

CANADA: Ottawa, Quebec, Montreal
ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Wáshington, Chicago, Los Angeles, San Pablo, Webster Groves, El Paso, Alburquerque
ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón
BOLIVIA: La Paz
BRASIL: São Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista
COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali
COSTA RICA: San José de Costa Rica
CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón
CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascasas, Temuco
ECUADOR: Quito
EL SALVADOR: San Salvador
GUATEMALA: Ciudad de Guatemala
HAITI: Puerto Príncipe
MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Coyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío
PANAMA: Ciudad de Panamá
PARAGUAY: Asunción
PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar
PUERTO RICO: Ponce, Aibonito
REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo
TRINIDAD: Puerto España
URUGUAY: Montevideo
VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney
FILIPINAS: Manila

CRISTIANDAD

NÚMERO 70 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22448
BARCELONA

15 Febrero de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25876
MADRID

Es menester pasar por Belén

Después de tantos años de guerra y alguno de paz, de esa paz que todo el mundo juzga tan precaria, las naciones ni han encontrado el sosiego material ni mucho menos el equilibrio del espíritu.

En tal circunstancia se cumple, justamente ahora, el octavo aniversario de la exaltación de Pío XII al Solio Pontificio. El dos de marzo de 1939 fué elegido Papa el Cardenal Pacelli, casi con el tiempo justo para poder asistir, acongojado desde la cátedra de Pedro, al desencadenamiento de la tempestad que ya amenazaba desde el horizonte.

Y desde entonces hasta hoy el actual Pontífice, con el alma conturbada por tanto dolor y miseria como los hombres han derramado por la Tierra, pero con la palabra serena y tranquila del que prescribe un remedio inalterable, seguro e ineludible para tales calamidades, ha ido consolando a unos, confortando a otros, advirtiendo a todos.

En este momento, ahora, ya «hace casi dos años que ha callado el cañón... Las inevitables dificultades se han manifestado con toda su crudeza ¡y cómo se han manifestado!», dice Pío XII. Y añade: «no tenemos intención de criticar, sino de estimular, no de acusar, sino de socorrer.»

En el Mensaje de Navidad del año que ha terminado, de cuyo texto entresacamos todos los pasajes que aquí se citan, el Papa, desde su elevada perspectiva, pero decididamente, enjuicia el grave momento por el que atraviesan los pueblos: «Cuando se publicó por primera vez la Carta atlántica, todos los pueblos prestaron cuidadosa atención. Por fin se podía respirar. ¿Qué ha quedado ahora de aquel mensaje y de lo que disponía?».

Aun reconociendo los esfuerzos de los hombres de Estado a través de las múltiples conferencias, «los pueblos en vez de encaminarse hacia una pacificación verdadera en vastos territorios del mundo, en amplias regiones, especialmente de Europa, se encuentran en un estado de constante agitación, del que más o menos pronto podría saltar la chispa de nuevos conflictos».

Por eso el Papa considera oportuno invitar a los hombres de Estado, sobre cuyos hombros gravita la pesada tarea de organizar la paz, a que mediten sobre estos tres puntos:

»1.º—La primera condición para corresponder a la espectación de los pueblos, para atenuar y gradualmente disipar las perturbaciones que padecen en el interior, para alejar las peligrosas tensiones internacionales, consiste en que todas vuestras energías y toda vuestra voluntad se dirijan a que termine el intolerable estado actual de incertidumbre, a acelerar lo más posible el advenimiento de una paz definitiva entre los estados, a pesar de las dificultades que ninguna inteligencia serena puede dejar de ver

»2.º—Poned en juego todas las energías de vuestra voluntad y de vuestra capacidad para imprimir a vuestra labor en favor de la paz el sello de una verdadera justicia, de una previsora prudencia, de un sincero servicio a los intereses solidarios de toda la familia humana.

»La profunda postración en que la horrible guerra ha sumido a la Humanidad exige imperiosamente ser superada y curada por medio de una paz moralmente elevada e incensurable.

»3.º—Si queréis dar estabilidad interna a vuestra labor en favor de la futura ordenación y de la seguridad de la paz y hacer que sea de una vez, si queréis impedir que más pronto o más tarde se quiebre por su propia dureza, por la dificultad práctica de llevarla a ejecución, por sus inherentes defectos y faltas, por sus omisiones e insuficiencias, hoy acaso inevitables, por sus lejanos efectos reales y físicos, que ahora no es posible calcular, procurad dejar prevista la posibilidad de corrección a través de un procedimiento claramente determinado».

Pero esto no es todo. Hay el hecho descorazonador de la oleada anticristiana, mal de nuestro tiempo. Y sin embargo en las palabras del Papa alienta una fuerza suprema: «¿Queréis también vosotros aumentar el número de los que, desconcertados por la inestabilidad del momento, vacilan de esta guisa o poco menos que conscientemente se prestan al juego de los enemigos de Cristo? ¿Queréis dar prueba de pusilanimidad ante la creciente marea del orgullo y de la violencia anticristianos?».

Tengámoslo bien en cuenta, porque la fuerza de estas palabras y el vigor de aquellas tres recomendaciones se sustentan sobre esta otra advertencia del Papa: **SI SE QUIERE VOLVER A LOS GRANDES PRINCIPIOS DE LA JUSTICIA QUE LLEVAN A LA PAZ, ES MENESTER PASAR POR BELÉN.**



¿Geopolítica? ¡¡Predestinación!!

I tre Conti

Eran aquellos años grandes, para Italia. Los astilleros de Sestri y de Trieste botaban sin cesar nuevos buques transatlánticos. El Fascismo ascendía hacia el cenit de su prestigio, acreditándose en las obras de la paz, en que había de ilustrarse más que en las de la guerra. Y aún había de dilatarse aquel desarrollo. Todavía se hallaban en grada aquellos dos colosos, el «Rex» y el «Conte di Savoia», que habían de conquistar el preciado gallardete azul tradicionalmente detentado por los «cunarders». Eran, sin embargo, ya, los años grandes.

En todas las estaciones turísticas del mundo, entonces aún abiertas al tráfico libre entre los pueblos, un sugestivo cartel anunciaba uno de los servicios marítimos más conspicuos de su tiempo: el del «Lloyd Sabauda». Alineados, en fila, figuraban sus tres grandes vapores. Mas encima de ellos, entre las nubes, caballeros en sus corceles, aparecían las figuras de otros tantos guerreros: Conte Verde, Conte Grande, Conte Biancamano. «I tre Conti.»

La vieja estirpe de Saboya revivía así en una de las manifestaciones más típicas de la vida y de la economía modernas. A los tres viejos Condes, a cada uno, correspondía, portador de su nombre, un coloso del mar. El Lloyd genovés honraba así a los que fueron tronco de la antigua Sabaudia.

Avanti, Savoia!

Singularísimo fenómeno histórico éste de Italia: que su historia, que su unidad se halle vinculada a la de un país alpino, geográficamente apartado de ella y racial y radicalmente distinto en todos sentidos. Durante un milenio, la Península permaneció extraordinariamente dividida y, por lo general, dominada por el extranjero, falta no sólo de aquella unidad, sino de lo que hoy llamamos sentido nacional. Durante este mismo milenio, empero, como un centinela vigilante, mezclado constantemente en guerras, arrastrado por todos los flujos y reflujos que han conmovido Europa, ha permanecido, como otra Suiza, pero mucho más inquieta y atormentada, con sólida conciencia en sus destinos, en sus confines del nordeste, un Estado de características realmente poco comunes, casi contradictorias. Y Estado que, incansable, no ha dejado, en mil años, de montar la guardia.

Extendido sobre las dos vertientes opuestas de los Alpes, Saboya y Piamonte, dispares, separadas por la gigante cadena, nórdica y francesa la primera, meridional e itálica la segunda, unieron siempre sus destinos seculares bajo la égida de la Casa saboyarda. Y, dejando aparte sus muchas páginas turbias, en las que por imperativo de su misión CRISTIANIDAD no puede menos que fijarse, no cabe ninguna duda de que es bella su historia. Que lo es la de una estirpe, cabeza de un pobre y pequeño país, fatalmente condenado por su geografía a escenario obligado de todas las contiendas, cuando el azote de la guerra ha agitado el Continente. Escenario, sí. Pero actor también. País pequeño, pero bravo, como lo personifican muchos condes o duques de su dinastía.

Avanti, Savoia! Este grito resuena en ocasión de todas las guerras europeas de este segundo milenio. Ya lo hace en 1095, cuando la Cruzada de Luis VII, a la que acude Amadeo III con sus alpinos. Y cuando, en Galipoli, Amadeo VI bate a los turcos en 1366. ¡Bellas gestas!

Avanti, Savoia! Como un presagio, cierra esta voz las hazañas de unos Condes que ya gozan de un título extraño y que nada justifica: el de Marqueses de Italia. Marqueses de Italia cuando ésta se halla dividida en un mosaico de Estados y de Repúblicas y cuando de lo que hoy entendemos por suelo itálico no poseen aquellos Condes otra cosa que algunas fortalezas en la cabecera del Po.

Avanti, Savoia!, se oye en San Quintín, cuando la más limpia espada de la Casa, Manuel Filiberto, se honra en

constituirse condottiere supremo de las invencibles tropas de la imperial España.

Avanti, Savoia!, resuena, por última vez con causa gloriosa, allá en la colina de Superga, cuando, bajo la égida del Príncipe Eugenio, en 1706, es liberado Turín del yugo francés de Luis XIV, y Víctor Amadeo II recibe el título de Rey, que conmemora, piadoso, encargando al gran Juvara la construcción de la Basilica conmemorativa, que es símbolo, y que por ello ha sido llamada el Escorial piamontés.

Geopolítica «a la moda»

Al calor del renovado interés que, afortunadamente, inspiran hoy al público todas estas cuestiones, ha nacido una que podríamos llamar moderna disciplina, conocida por el nombre de «geopolítica».

Bien venida sea ella. No cabe duda ninguna de que, bien entendida e interpretada, puede ofrecernos grandes enseñanzas como elemento principalísimo de la Historia.

La geopolítica tiene por finalidad la de examinar la influencia que en el desarrollo de los hechos humanos haya podido tener el imperativo geográfico, así como las condiciones físicas y económicas de los distintos países. Nada más oportuno: compuesto el hombre de cuerpo y alma, sometido, tras el pecado original, primer episodio de la Historia, a todas las miserias materiales, sería negar la realidad el olvidar el enorme peso que ellas representan. Y no precisa llegar siquiera al reconocimiento de tales miserias. Baste el ponderar, como decimos antes, la influencia natural que en la vida humana reviste el escenario físico. Si, por ejemplo, el Rhin dirigiese su curso hacia otro mar que el del Norte, o si los Alpes ofreciesen la concavidad de su curva hacia el Septentrión, no puede dudarse que, consecuentemente, la Historia de Europa sería otra.

Pero la geopolítica ofrece el grave inconveniente de que, sobre todo para nuestra mentalidad «económica» actual, se presta a ser exagerada en su importancia. Compuesta de dos elementos, «geo» y «política», materia y forma, no puede ser puesta en duda su entidad: posee lo material, posee lo formal. Examina en los Estados, en las Naciones, lo físico, las montañas, los ríos. Y lo informa después por lo espiritual, que es, aquí, la acción del hombre. Mas hoy el materialismo nos invade, y existe, sin duda, la tendencia de dar al primer elemento mayor beligerancia que al segundo; y con ello aboca al peligro de ver la Historia a través de un materialismo pedante, según sean sus intérpretes.

«Mon Dieu! Ma chère, que ton père a la forme enfoncée dans la matière!», podríamos decir a éstos, glosando las palabras de Cathos a Madelon en «Les précieuses ridicules». Realmente, muchas veces es así: el ambiente del día arrastra a ello. Pesa hoy más en nosotros una mina, una vía de comunicación, una riqueza material, que el factor primero y eterno: el factor hombre, que no debiera ser jamás olvidado.

Mas mucho mejor que recurrir a Molière para este fin, podrá convencer al estudioso lector el impresionante ejemplo que hoy le presentamos. Nada, en realidad, menos «geopolítico» que esta extraña y trascendental unión de Saboya y Piamonte, y que, sin embargo, había de durar mil años, para caer, grávida de la propia madurez, tras dar el fruto a que estaba predestinada.

Dieciocho Condes, catorce Duques y diez Reyes «Marqueses de Italia»

Era a mediados del siglo XI. Reliquia aún de la vieja organización del II Reino de Borgoña, Humberto I, Condestable del Emperador Conrado, fué constituido en Conde de Saboya. Su hijo Otón, sin moverse de sus valles alpinos, ya se extendió hacia el Piamonte, heredando Turín, Asti

y Albenga, y con estas preclaras ciudades —la primera, la antigua Augusta Taurinorum romana— aquel extraño y significativo, repleto de trascendencia, antes citado título de Marqués de Italia. ¿A qué, repitámoslo una vez más, este marquesado en quien poseía sólo una parte tan ínfima de la Península? Mas el hecho fué así. Ya el sello de la predestinación pareció marcar, desde el primer momento, la frente de los nuevos condes, señalándoles un destino, quizá aquella misma «estrella» que era égida de Carlo-Alberto.

Y aquí, estos Alpes que, como los Pirineos, como todas las cadenas montañosas del mundo, parecen destinados a separar, fueron, por el contrario, lazo de unión. Los montañeses de ambas vertientes se mantuvieron siempre fieles a la fe jurada a sus «duces», y, asimismo, los hijos de la gran llanura que riega el Eridano, aquel gran río romano, el moderno Po, a cuya total posesión vinculaban las legiones cesáreas la total de Italia; el rey de los ríos, como dice el poeta.

La historia de las vicisitudes atravesadas por estos Estados llenaría las páginas de esta revista, enteras. Ya nos hemos referido antes a ellas. En su cenit medieval llegó con Amadeo V, Conte Grande, la Casa a dominar parte de Suiza, la Bresse, y el Delfinado. Su hijo, el Conte Verde, Amadeo VI, hubo de ceder estas últimas posesiones. Pero otro sucesor, Amadeo VII, de un nuevo empujón llegó al mar: Niza y una pequeña parte de la Riviera y costa ligu constituyeron la salida mediterránea del que poco después ya fué Ducado, y con un Santo de la Dinastía—que ha sido pródiga en santos y en réprobos—, Amadeo VIII como primero de sus Duques.

Nuevos azares de la loca fortuna despojan al Duque Carlos III de casi todo su patrimonio, y lo reducen a Cuneo, Aosta y Niza, pero su hijo Manuel Filiberto, antes citado, logra restaurar la grandeza de su Solar como recompensa a sus servicios al César católico. Y una nieta suya, subiendo también a los altares, aumentó el número de los elegidos en esta extraordinaria estirpe: María de Saboya, la Santa.

Dinastía de santos y de réprobos. Tradicional era, en ella, ciertamente, la falta de escrúpulos. «La Casa de Saboya», escribía Saint Simon, termina siempre las guerras en el campo opuesto donde las ha empezado.» La historia contemporánea de las dos grandes guerras mundiales de 1914 y 1939, parece, en efecto, confirmar el aserto. Si Víctor Amadeo II terminó, en 1706, como había comenzado, al lado de los Imperiales, fué por haberse cambiado de campo dos veces. Mas—permítasenos aquí acudir, otra vez, a la geopolítica—precisa reconocer que en estas veleidades había de influir el imperativo de debilidad, y la eterna suerte de los pueblos débiles que se hallan, aplastados, entre dos poderosos: el jugar siempre con el fiel de la balanza.

Antes hemos hablado de Amadeo II y de Superga. Se había, por fin, abatido el insoportable orgullo de Luis XIV, y renacía, tras la inundación, una vez más, el viejo Estado. Pero otra hora—otro escalón—había sonado en el reloj de la Historia. La Paz de Utrech consagraba la antigua Casa, y la elevaba a categoría real, con el título de Sicilia. Poco duró éste, pues una permuta lo cambió por el de Reyes de Cerdeña. Mas el empujón mediterráneo hacia el mar y hacia el sur, estaba dado. En el siglo XVIII había que contar ya con este reino, en la nueva geografía de Europa, con sus tres millones de habitantes, y su desconcertante geografía, que bañaban, por un lado, las claras aguas del lago Lemán, y por el otro las del Mediterráneo. ¿Qué geopolítica, en efecto, es capaz de explicar que pueda existir una unidad y una conexión entre la fría y nórdica Saboya, con sus románticos lagos de Annecy y de Bourget, y el ya itálico Piamonte, y, sobre todo, con la grande y pobre isla que venía a aportar a aquel extraño himeneo de pueblos desperdigados una corona real?

Mas esto había todavía de tener un coronamiento, y fué éste el que, tras una nueva inundación, suprema esta vez, la napoleónica, se enriqueció aún, en 1815, con su unión con Génova, en cierto modo la ciudad más italiana de todo Italia. La complejidad, la heterogeneidad del Estado no podía ser ya mayor, y da de ello idea la propia multiplicidad de sus nombres: casa de Saboya, en la historia y en la cultura, Reino Sardo en lo oficial, Gobierno subalpino en la diplomacia, y Piamonte, en lengua vulgar.

Soldadura a toda prueba

Y, aun corriendo el riesgo de hacernos pesados, queremos, por las presentes líneas, hacer descollar este hecho, que ninguna geopolítica sería capaz de explicar: la fidelidad secular de unos Estados tan dispares y esparcidos hacia una Dinastía, sin el hecho—que explica ampliamente otros casos—de un superior Imperio que lo justifique. Desperdigados se hallaban, también, los Estados de los Habsburgo, repartido por todo el mundo se halla hoy el «Commonwealth» británico. Pero en estos ejemplos existe el hecho de la propia grandeza imperial que explica, fácilmente, por su enorme poder centripeto—y aquí si se conjugan toda suerte de factores, desde los espirituales hasta los económicos—, la atracción de los satélites. Mas por lo que al complejo hereditario de Saboya respecta, no es así: por el contrario, aquí tenemos una serie de países, pequeños todos ellos, separados entre sí por los Alpes o por el mar: Piamonte, Niza, Liguria, Cerdeña... y que, pese a su propia incomunicación, repugnan, secularmente, las voces de sirena de Imperios vecinos y absorbentes.

Resistieron las conmociones del Medioevo. Se vieron atravesados, al alborear la Edad Moderna, por los ejércitos franceses e imperiales en su larga pugna. La fría Saboya, racial y naturalmente francesa, no quiso, durante largos siglos, complementar una Francia, primera gran nacionalidad europea definida y netamente consagrada, pese a la extraordinaria potencia de atracción de esta última. El Piamonte, itálico y ardoroso, repudió siempre toda conexión con la Lombardía, florón de los Imperios español o austriaco, cuya ciudadanía era envidiable. Cada guerra, durante incontables siglos, fué una pugna de independencia contra el extranjero, y un idilio de unión entre las dos vertientes dispares de los gigantes Alpes. Ni Luis XIV en todo su esplendor logró hacer provincia suya a Annecy y a Chamberí, ni el austriaco, con el prestigio de sus blancas guerreras y uniformes brillantes, atravesó jamás impunemente el Tessino.

Napoleón mismo, en alguna forma, hubo de reconocerlo. No rigió, ni para Saboya ni para el Piamonte ninguno de sus gobiernos «quisling». Hubo de anexionarlos, brutalmente, a Francia, por la fuerza, a los Estados de Saboya: sabía bien que cualquier «quisling» se le sublevaría pronto.

El reloj de los tiempos

Y, sin embargo, esta historia de fidelidad tuvo su fin. Esta ola profunda que descuella en el mar de la Historia se encaminaba a su playa, cumplidora de su misión. Es el grande misterio que encierra el Piamonte.

No hemos siquiera de intentar resumir aquí lo que fué el *Risorgimento* y la Unidad de Italia. Objeto de muchos números de CRISTIANDAD, precisamente por el enorme contenido que guarda, es motivo preferente de nuestros actuales estudios. Sonaba el reloj de los tiempos, y, efecto de las modernas corrientes, así como de la sacudida que había provocado el gran Corso al dar a Italia una sombra de unidad, siquiera fuese bajo cruel tiranía, al conjuro de poetas primero y de políticos más tarde, la Península se agitaba.

Es cierto que esta agitación tiene una faceta, enorme, antirreligiosa, y que casi le es esencial. Ella ha ocupado y ocupará ampliamente las páginas de nuestra revista. No es lugar, ahora, éste, de detenernos en ella. La Providencia «no en vano agita al mundo» según hemos leído en De Maistre—precisamente el gran pensador saboyano—y en Ramière, y, aun por encima de las maquinaciones de los hombres, flota un designio superior. La unidad italiana había de venir, y vino, siquiera fuese por camino tortuoso, y no existe duda ninguna de que es uno de los grandes rasgos entre los que el Eterno Pintor de la Historia ha usado para definir la fisonomía de la época actual.

Restaurado el Reino Sardo por los Tratados de Viena, enriquecido con Génova, convirtiéndose presto en el más poderoso entre los que componían el mosaico italiano, aun sujeto, en parte importante, a la dominación extranjera. Es natural, por tanto, que hacia la casa de Saboya convergieran las miradas de todos, en demanda de una espada.

Las principales etapas de ésta son bien conocidas. Tras la agitación provocada, durante largos lustros, por las sec-

tas, tras el movimiento intelectual que patrocinaran Gioberti, Balbo y d'Azeglio, coronadores del que inician ya, muchas décadas antes, Alfieri, Fóscolo, Leopardi y Manzoni, bien que en el terreno éstos de la poesía, vino la primera guerra, la de 1848, desastrosa para la corte de Turín, que hubo de ver a su rey, Carlos Alberto, abdicar en su hijo Víctor Manuel, y acabar sus días en el destierro de Oporto. Realmente, el Reino Sardo, es decir, el Piamonte, era poco, muy poco, para enfrentarse contra el coloso austriaco.

Y es entonces cuando aparece, bajo los pórticos de la vieja capital piamontesa, un hombrecillo sonriente, de mirada viva tras sus eternas gafas: Camilo Benso de Cavour. Hombrecillo en lo físico, pero político de sagacidad extraordinaria, probablemente la mayor figura, en este sentido, de su siglo. Sus andanzas han sido, y serán D. m., objeto preferente de atención en nuestras páginas, y aun lo son, ya, en las de este mismo número. Cavour fué el restaurador de un Estado arruinado por la pasada guerra, y forjador de la «vendetta» que no había de tardar.

El episodio de Crimea le dió audaz ocasión. Y su osadía, posibilidad de encaramarse hasta tutear al Emperador de Francia, Napoleón III, comprometido de una parte en favor de las sectas, y, por tanto, de cuanto el Piamonte significaba, utópico soñador, de otra, en viejas e inasequibles glorias. En el número IV de nuestra Revista, al relatar el calvario de Pío IX, se reseña el momento cumbre de aquella conspiración: el «cambalache» de Plombières, cuya significación aquí nos corresponde señalar...

1858. El Reino Sardo prepara su venganza, y sabe bien que sólo podrá consumarla con el apoyo de un aliado suficientemente fuerte para vencer al gigante austriaco. Este aliado, el mayor gigante continental de su tiempo, es Francia. Y su emperador está pronto...

Pero los tiempos «sans peur et sans reproche» están lejanos ya. Todo esfuerzo, en pleno siglo XIX, exige su factura.

¿Con qué pagará la pobre Casa de Saboya al poderoso vecino francés su preciado apoyo para realizar la primera etapa de la Unidad?

El fruto maduro

La entrevista de Plombières—que tuvo su mucho de conspiración sombría—fué mantenida en el secreto, pero su contenido, presto, muy presto—«fate presto» era la frase atormentada del César de Francia, cuando, juguete de las sectas, había de consentir en un crimen—salió a pública luz.

La historia desconcertante y extraordinaria de la Casa de Saboya había de acabar en la mayor de las paradojas, y en la más desconcertante de todas ellas.

El precio del engrandecimiento de la Dinastía sabauda había de ser el propio solar paterno.

No creemos haya existido jamás, en la Historia, un caso semejante. La presa ofrecida por Víctor Manuel II, de Saboya, sucesor de diez y ocho condes, catorce duques y ocho reyes, al aliado fuerte y codicioso, no era otra que su propia mansión solariega, que sus mismos blasones.

Podía más la ambición de otra corona grande, nueva y flamante, que la serpiente, tentadora, le ofrecía: la corona de Italia.

El hijo entregaba, sin rebozo, la casa de sus padres al mejor postor.

Y así, establecido el pacto, la historia se realizó.

Vino la nueva guerra: 1859. Magenta y Solferino vieron la humillación de los Habsburgo, y la Lombardía fué reunida al Piamonte. Luego, las demás etapas de la unidad vinieron por sí solas. Agitación. Anexiones, una tras otra, de los pequeños Estados italianos con la excusa de «plebiscitos» sabiamente preparados. La expedición de Garibaldi, con la unión del Sur, es decir, de Nápoles y Sicilia. Y la expoliación de enorme parte del Patrimonio de la Iglesia, ofreció el necesario «corredor» de comunicación.

Contemporáneamente con todo esto tenía lugar—no sin que repercutiese el escándalo en el Parlamento de Turín—otro «plebiscito», pero esta vez de signo contrario. Era el que se celebraba en Saboya, según habían convenido Napoleón y Cavour, para que el país alpino decidiese «libremente» su incorporación a Francia.

Extraño plebiscito. Que provocó, en su época, como es obvio, miles de consideraciones, millones de comentarios, y que después el tiempo ha cuidado de hacer olvidar. Pero que a nosotros se nos antoja de un carácter especial, extraño, que solamente el correr de los lustros podrá, algún día, explicar. Y que lo hemos calificado así: el fruto maduro.

¿Una misión cumplida?

Aquella ola profunda antes citada, que en el mar de la historia europea representa el nombre de Saboya, llegaba ya a la playa. Había de morir.

El fruto estaba maduro. Saboya había cumplido una misión. Durante un milenio, había montado una guardia, y había protegido, como a una semilla, repleta de potencia, a su vecino el Piamonte, con fidelidad suprema.

Por caminos rectos o torcidos, el Piamonte entraba, ahora, de lleno, en la Historia. Renacía, otra vez, Italia, la que había sido sede del mayor Imperio de los tiempos, y que, predestinada después para trascendental y cristiana misión, prefería retornar a sus antiguos paganos manes. Mas no importaba: la Providencia utilizaría esta unidad, aun bajo un signo tan contrario, para sus mismos designios.

El Piamonte pasaba a primer plano. Es más, iba, incluso, a perder, muy pronto, su primacía, y Turín su capitalidad, para ser transferida a Florencia primero, y a Roma, bien que sacrilegamente, después. Iba el Piamonte, en realidad, a confundirse y a perderse en el seno de su misma y propia obra: Italia.

La vieja Saboya sabía bien que, de momento, no tenía ya otra misión que cumplir. Su anexión a una nueva Italia no era ni racional ni lógica, era, incluso antigeográfica. Era, cuando menos por mucho tiempo, además, garantía segura de agitaciones y de problemas.

Francia, la vieja Francia, la tierra típica de los matrimonios de conveniencia, ofreció a la viuda de los Alpes un amparo y un apoyo. No era de despreciar. Tanto más cuanto que la Galia se hallaba entonces en el cénit de su prestigio, bajo el II Imperio, y la anexión era, sin duda alguna, garantía de relativo bienestar.

El plebiscito se realizó, y, en honor a la verdad, fué sincero. El Rey había vendido la casa de sus padres, y los colonos de ésta se despidieron, sin gran pena, del heredero que había demostrado tan poca fidelidad a las cenizas de aquéllos.

Y Saboya pasó a ser provincia francesa. Aquí, esta vez, iban a tener razón los geopolíticos «enragés». Dicha anexión fué franca y aburguesada. Predominaron en ella los intereses materiales.

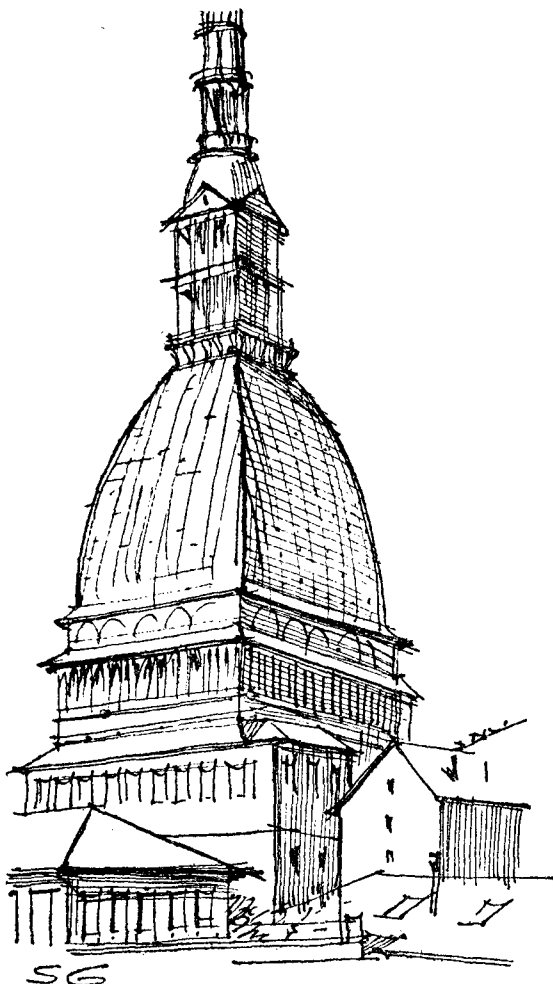
Tuvieron, es verdad, razón, ahora, los geopolíticos. Mas la tuvieron por vez primera en un país cuya historia de mil años es el mentís más rotundo, y hasta, en sí, más absurdo, a cuanto de bueno y de malo encierra la geopolítica.

¿Geopolítica? No. ¡Predestinación!

Tal es este cuento inverosímil, incoherente, historia de unos Estados cuyo centro ha sido el Piamonte, objeto del estudio que contiene el número actual. En este cuento, en esta novela que acabamos de reseñar, fallan todas las normas.

El Piamonte, también, ya lo hemos dicho, perdió, en holocausto a la nueva y grande nacionalidad italiana que se realizaba, su vieja primacía, convirtiéndose, a su vez, en una provincia más, en paridad con las otras de Italia, de aquella Italia que secularmente constituía su sueño de conquista. Tras dos siglos de ostentar papel protagonista en los asuntos europeos, entraba, ahora, en la penumbra.

Ejemplos tales no los hay, como hemos dicho, en la Historia. Y que solamente explica una predestinación. Y al decir esto, queremos apresurarnos a manifestar que esta predestinación, en la que creemos, nada tiene que ver con supersticiones ni, siquiera, con opiniones históricas más o menos fundadas. Decimos predestinación, y nada más, ignorando, quizá, con exactitud, cuál pueda ser ella, y dejando para el correr de los tiempos que se descorra el misterio y ponga en relieve el papel que, en sus soberanas determinaciones—sin menoscabo de la humana libertad—asigna la Providencia a los pueblos.



Torre Antonelliana

Predestinación. No parece rara esta palabra cuando contemplamos a Turín, desde la mole de Superga, en aquel majestuoso escenario de la naturaleza piemontesa cuyo último telón lo forma la gran cordillera. «Tomad un radio de cien kilómetros, decía Napoleón, y, con Turín como centro, describiréis la línea de los Alpes». No parece rara aquella palabra cuando contemplamos a esta ciudad, motor de Italia, y, sin embargo, la menos italiana entre las grandes capitales de Italia, que conjuga la viveza y aun la versatilidad latina, con su magnífica improvisación, con otras virtudes más nórdicas, de constancia y de trabajo, que su mismo clima duro y frío fecunda.

No parece rara aquella palabra en la ciudad de santos y de réprobos, empezando por su Dinastía, hoy caída, y otra vez en Portugal en el exilio, y entre cuyas últimas manifestaciones de santidad figura la santa princesa consorte del Piemonte Clotilde de Francia, hija de Luis XV, y aquel su otro Rey que, ante el alud napoleónico, advirtió la fragilidad de las cosas humanas, acabando sus días como humilde religioso de la Compañía de Jesús. Pero Dinastía entre cuyos réprobos figuran, igualmente—salvando los inescrutables juicios de Dios—, muchos de sus soberanos, poco fieles a la palabra dada, y, sobre todo, sobresaliente, aquel Víctor Manuel II que despojara, por dos veces, el patrimonio de Pedro, y que, entrando sacrilegamente por la Puerta Pia, habla de recluir al Papa en su prisión.

Ciudad de santos y de réprobos. En la que florecieron san Juan Bosco y san Cottolengo, ciudad que es estuche de la más preclara reliquia de la Cristiandad, la Sábana Santa. Pero ciudad asimismo patria de los Cavour y de los Gioberti, foco ochocentista, incansable, de cuanto, con perversa constancia, acumulaba la Secta en su grandiosa maquinación contra el Temporal de la Iglesia. La ciudad que vió erigirse, monumento de blasfemia, en plena y católica Italia, una sinagoga: impúdico monumento, el más alto de

la Europa de su tiempo, la Mole Antonelliana, afortunadamente separada del destino a que la consagraban sus constructores y su arquitecto infeliz. Pero que, al quedar como Museo Nacional del «Rissorgimento», parece cual mojón clavado en el corazón de la ciudad misteriosa, como recuerdo, brazo alzado al cielo en actitud amenazadora, del abismo de maldad que en sus estancias se incubara.

... dal Solio di servo dolor

Han transcurrido, después de todo esto, a su vez, muchas otras décadas. La unidad italiana, realizada bajo signos tan poco cristianos en el país más íntimamente cristiano de Europa, dió tristes frutos. Italia no se convirtió aún en el Imperio romano que soñaban los hombres del Rissorgimento. Mucho ruido, mucha bambalina, pero, en el momento de la verdad, el que es cristiano, o sabe que tiene en su sangre infinidad de generaciones cristianas, piensa que la vida no merece la pena de ser quemada en holocausto a un ídolo. Sí. Desde entonces, desde 1870, la musa del Rissorgimento ha vibrado no pocas otras veces...

Se il re, se la patria, fratelli, ci chiama,
al grido di guerra chi sordo sarà?
¡Sorgiamo! L'imbelle che Italia non ama
si serbi alla vita! d'obbriobo morrà.
La rabbia dei mari, dei turbini invoco
a fremiti mista degl'itali cor;
ci tempri, ci lavi battemmo di foco
dal marchio, dal solio di servo dolor.

Estas estrofas de Giuria han resonado, después, frecuentemente. 1915-1918 fueron una primera etapa, tras la que vino—consecuencia moral de Caporetto—la «victoria mutilada». La segunda lo fué la «d'annunzianada». La tercera, de apariencias gloriosas en su primera parte—de esencias, sin duda, nobles, y con grandes aciertos iniciales—la constituyó el Fascismo. Mas la cuarta lo fué el desastre que éste provocó. «Dal solio di servo dolor». Siempre, Italia, acabará en desastre cuando olvide que, por encima de ella y de sus sueños de grandeza, existe el culto hacia otra grandeza muy superior, y es ésta la que le otorga aquella dinastía de dos mil años que, sin interrupción, la ha honrado estableciendo su sede en la que es Ciudad Eterna.

Y, en tanto, aquella otra dinastía, milenaria, pero de un solo milenio, purga ahora sus faltas en el destierro, en la hospitalidad que, en un nuevo Oporto, en Cintra, le depara una fiel y noble portuguesa, de nacimiento italiana, y que se ha honrado recibiendo en su casa a los descendientes de aquellos conspicuos «tre conti» del solar sabauda.

Y Turín queda, queda bajo la sombra de Superga, donde reposan los huesos de tantos condes, duques y monarcas, entre ellos de aquellos que reinaron, también en forma paradójica e incoherente, un par de tristes años en España, y en cuyo pantedón aún se conserva, como delicado recuerdo de la caballerosidad celtibérica, un pequeño homenaje de las ramilleteras de Madrid... Turín queda, con sus grandes industrias, emporio fabril de Italia, que le han dado un nuevo centro, y bajo el peso de tantos recuerdos históricos, que parece coronar—respetada de las bombas inglesas por extraña coincidencia—la citada ruinosa Mole Antonelliana... Turín queda, ciudad, una de tantas, de Italia, de esta Italia recién abatida en una lucha que dió al traste con sueños de utopía, pero que ha parecido ver respetadas—junto con sus mejores monumentos—sus eternas esencias, aun, incluso, aquellas paganas que, arraigadas asimismo, parecen persistir en las generaciones sucesoras de las que fueron «caput mundi». Turín queda, foco industrial y progresivo de Italia, en este siglo de la industria y de la economía, y con él, el Piemonte, patria de réprobos, pero también de santos, de Cavour, sí, pero también de Dom Bosco.

Separada por los Alpes de su vieja hermana, Turín ya no piensa en ella, en la Saboya, hoy tan alejada. Esta unión cumplió ya con su fin, con su especial predestinación; impera ahora, de momento, la geopolítica.

Pero las predestinaciones, en manos de la Providencia, son siempre imprescriptibles. Dios no se arrepiente jamás de sus dones. ¿Cuál será, en lo porvenir, la predestinación del Piemonte?

Luis Creus Vidal

Santos en un infierno

Piamonte, primera mitad del siglo XIX. En medio de un hermosísimo y agreste paisaje enmarcado por los Alpes y los Apeninos, regado por las fértiles aguas del Pó, florecen la conspiración y los manejos revolucionarios que argumentando como razón suprema la unidad italiana, tienen otro objetivo no tan bello: el espíritu liberal anticristiano, la destrucción de la Iglesia y el ataque al Papado. El Piamonte y su capital, Turín, no son sólo sede de un pueblo laborioso, serio de carácter y de ánimo belicoso, que trabaja fervientemente en sus prósperas industrias, en sus explotaciones agrícolas y en su activo comercio, formando, sin duda alguna, a la cabeza de las regiones más florecientes de la península itálica. También el Piamonte y Turín son sede y capital de la más sacrilega revolución de los tiempos modernos, por cuanto levantó el puñal asesino intentando que cayera sobre la augusta y santa persona de Pío IX, cabeza visible de la Iglesia, Vicario de Cristo en la Tierra, Sumo Pontífice de la cristiandad.

¡La Divina Providencia salvó al Papa! Y la Divina Providencia también ha de mostrar a los hombres donde está la verdadera esperanza y el verdadero camino y como, aunque el infierno entero dominara la tierra, siempre, siempre vivirían, aun rodeados de cienago y estiércol, las flores maravillosamente hermosas de la virtud y la santidad de los seguidores del Redentor y Salvador de la humanidad. Y la Divina Providencia había también de mostrar la gran promesa de que el Cielo y la Tierra pasarán pero que el Verbo prevalecerá, en esa conspiración revolucionaria piamontesa que se extendería a toda Italia, movida por la masonería, el carbonarismo, la «Joven Italia» y la liberal y hereje Inglaterra.

Piamonte, primera mitad del siglo XIX. La rama primogénita de los Saboya, la dinastía milenaria cuya ascendencia se pierde en la Historia, se extingue en Carlos Félix I, y el príncipe Carlos Alberto, de los Savoia-Carignano, pasa a ser, en 1831, Rey de Cerdeña, Príncipe del Piamonte y Duque de Saboya y aspira a ser Rey de la Italia unida, obediente acaso a las palabras de Mazzini: «Desnuda la espada, Señor; haced pacto con la muerte y lo habréis hecho con la victoria», y a la profecía de Cavour, que había señalado «la hora suprema de la casa de Saboya». Turín se convierte en el centro revolucionario de la península. Y reinando Carlos Alberto vive también en la capital del Piamonte uno de los más ilustres campeones de la caridad: Cottolengo.

Piamonte, primera mitad del siglo XIX. Uno tras otro van naciendo a esta vida terrena los grandes apóstoles italianos del mal. 1805: nace en Génova Mazzini, el idealista republicano. 1807: nace en Niza Garibaldi, el condotiero de la revolución. 1810: nace en Turín Cavour, el político de la unidad. 1820: nace en el mismo Turín Víctor Manuel II, el primer Rey de Italia. Y entre esos espíritus

malignos ve también la luz por vez primera, en 1815, un gran apóstol del bien: Dom Bosco.

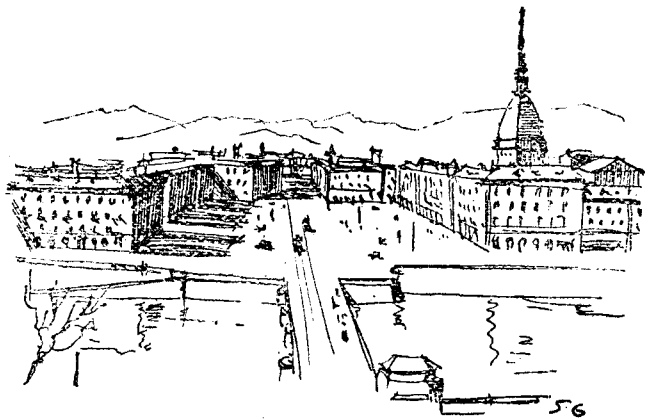
A José Cottolengo Clarotti, el enamorado de la pobreza y de los pobres, que veía en ellos la imagen viva de Jesucristo, lo encontramos en 1827 en Turín dando los últimos auxilios espirituales a una pobre indigente, Juana María Gonet, que expiró tras grave enfermedad, sin haber sido admitida ni en el Hospital de San Juan ni en el Hospicio Real porque los reglamentos de ambas instituciones se oponían a su admisión. Y este hecho fué del que se valió Dios Nuestro Señor para llamar al corazón de Cottolengo, el cual, una vez hubo regresado a su parroquia del Corpus Domini obligó al sacristán a redoblar las campanas. Ante tal toque a deshora, acude a la iglesia numerosa gente y José Cottolengo dirige una plegaria común y ferviente a la Virgen Madre, a Nuestra Señora Medianera de todas las Gracias.

Después, como iluminado por divina inspiración, explica a sus compañeros de parroquia lo ocurrido con aquella mujer y les habla de cuán grato sería a los ojos del Señor la creación de un asilo para los desheredados de la fortuna, sin que hubiera en la admisión ni un solo motivo de exclusión. La simiente para la gran obra de Cottolengo había sido echada.

Al día siguiente, José Cottolengo estaba ya poniendo en ejecución su obra. Alquiló dos habitaciones en una casa frente a la Parroquia. Posteriormente y a medida que las habitaciones vecinas quedaban vacantes, Cottolengo las iba alquilando, contando siempre como banquero con la Divina Providencia que por medio de la caridad de personas pudientes contribuía a su labor.

Y la Divina Providencia protegió siempre maravillosamente a quien tenía una absoluta fe en Ella, y en su humildad, jamás reconoció como legítima obra suya cuanto hizo, sino que todo lo atribuía al artífice supremo, Dios, siendo él únicamente instrumento de su Bondad. Y era que el Señor lo tenía todo dispuesto: cuando aparecía cualquier necesidad inmediatamente encontraba Cottolengo la solución. Halló un médico al que conmovió su corazón y cuidó de sus enfermos, un farmacéutico que le daba secretamente toda clase de medicamentos, generosos donantes y piadosas instituciones que coadyuvaban a su obra, y, en fin, halló colaboradores que se le ofrecieron espontáneamente e ingresaron en las asociaciones que él llamó «Damas de la Caridad» y «Hermanos de San Vicente». Después, no contento con acoger a los desgraciados, se lanzó a buscarlos allí donde quiera se encontrasen. Posteriormente acogió a inválidos, epilépticos, alienados y sordomudos, a los niños huérfanos y a los abandonados. Y así fueron los comienzos de una gran obra de caridad que un humildísimo sacerdote, guiado y protegido por la Providencia Divina, legó en herencia a la humanidad dolorida y desheredada, cuando su patria terrena ardía en conspiración por una revolución anticristiana que llenaría de oprobios y vergüenzas la tierra santa de Italia y la ciudad inmortal de Roma.

Juan Bosco Occhiena, figura paralela a Cottolengo por su humildísima cuna y sus elevadas obras, fué ordenado presbítero en 1841 e inauguró sus ministerios eclesiásticos en Turín y acompañando a su protector, el párroco Dom Cafaro, en las visitas a las prisiones se sintió hondamente conmovido por los niños en ellas encarcelados. En diciembre de este mismo año, estando a punto de celebrar Misa en la iglesia de San Francisco de Asís, oyó los gritos de un niño harapiento a quien el sacristán intentaba echar por negarse a hacer de acólito. Llamóle Dom Bosco, habló con él y le consoló. Y con este harapiento, al que se juntaron otros niños, fundó el primer «Oratorio». La marquesa de Barolo, a ruegos del Arzobispo, protegió la incipiente institución. Su obra, que iba en auge, agrupando cada día a más niños pobres ansiosos de amor a Dios, deseosos de instrucción y atraídos por la recia personalidad del santo, fué sañudamente perseguida.



Vista de Turín con la Torre Antonelliana a la derecha



Dom Bosco

Constantemente le obligaron a cambiar la residencia de su «Oratorio», pretextando alborotos y travesuras infantiles, hasta que lo instaló al aire libre. El Municipio y el Rey estaban en su contra y se pretendió incluso encerrarle como a loco. Y loco lo creyó también su ilustre protectora, la marquesa de Barolo, al verle luchar contra tantas dificultades que se le oponían.

Enfermó Dom Bosco y al sanar dió una más concreta organización a su gran obra, que sólo perduraba por la protección Divina. Su obra se consolidó. En 1868 erigió y consagró una iglesia, cincuenta sacerdotes y maestros formaron comunidad con él y los alumnos del «Oratorio» rayaban en los 800. Inspirada en su obra nace la Congregación de María Auxiliadora, que realiza con las niñas lo que los «Oratorios» hacen con los niños. Se organizan los cooperadores, encargados de difundir las Obras, recoger limosnas y contribuir personalmente con ofrendas periódicas. Dom Bosco viaja. Su obra se extiende fuera de los límites de Italia y llega incluso a América y a tierras de misiones.

A su muerte legaba Juan Bosco a la humanidad un sistema de pedagogía excelente, el preventivo, y 250 casas que cuidaban de unos 130.000 niños. Todo ello logrado con la ayuda y la inspiración de Dios, en medio de una sociedad cuyos políticos dirigentes se movían, cual títeres, a los dictados de los enemigos de la Religión Católica y atacaban a la Iglesia, resucitando sobre el suelo italiano una nueva era de persecuciones y vejaciones.

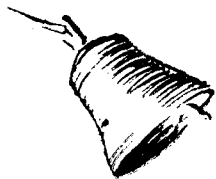
Piamonte, primera mitad del siglo XIX. Dos hombres santos viven y difunden la caridad cristiana: José Cottolengo y Juan Bosco. A su lado actúan Carlos Alberto y los cuadraviros de la unidad italiana (Victor Manuel, Cavour, Mazzini y Garibaldi) que conmueven los cimientos de la Italia católica y hacen arder en ella las llamas de un infierno revolucionario, liberal y maligno. Hoy la dinastía de los Saboya está en el destierro, execrada por los mismos que la idolatraron. Hoy la obra de Cottolengo y de Bosco perdura y continúa.

Aunque el horizonte del futuro de Italia se obscurecía con rojos destellos y parecía que la nave de San Pedro iba a zozobrar en aquella guerra sin cuartel entre los fieles a Cristo y los servidores de Satán, Dios había de mostrar, como tantas veces lo hizo y tantas otras lo hará, que sus palabras y sus promesas son Verdad eterna. Y lo que en el terreno del Pontificado hizo el Señor conservando y salvando a Pío IX y probando con ello sus divinas asistencia y protección por los siglos de los siglos a su Vicario en la Tierra, en el terreno común a todos los hombres, había de probar a éstos sus inmensos amor y misericordia haciendo florecer en el fango, donde el lodazal era más terrible, la santidad de dos hombres que parecían predicar a Italia y a Europa en ebullición antirreligiosa, diciendo, con su vida y sus obras: «Aunque el mundo entero se aparte de Dios, Dios no dejará de amar a los hombres y de estar entre ellos para mostrarles dónde se halla la verdadera grandeza de espíritu, la verdadera paz, la verdadera santidad, el camino, la luz y la vida. Hombres que habéis perdido la fe: recobradla. Hombres de poca fe: ¿por qué dudáis?»

Cottolengo y Bosco fueron un gran ejemplo para su época. Su época fué de persecución de la Iglesia y vió la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Y las apariciones de Lourdes. Pero su época, su Italia, su Piamonte fueron ciegos a la luz que de todo ello irradiaba.

Hoy también nuestra época es de persecución de la Iglesia y verá, Dios mediante, la definición dogmática de la Asunción. ¿Santos? El tiempo y la Iglesia ya han hablado y todavía dirán más. Hoy nuestra época tiene también una luz intensa y clara: Fátima. Y también en el solio de San Pedro se sienta un Papa con el corazón dolorosamente oprimido a la vista de tanta infidelidad, de tanta incompreensión, de tantas persecuciones, de tantos errores... ¡Extrañas coincidencias, extraño paralelismo! Pero... ¿será también ciega nuestra época?

Luis Luna



PIO XII
Mensaje de Navidad
1946

LA Iglesia no teme aunque su corazón sangre. No teme por sí misma, ya que cuenta con las promesas divinas; pero teme por la perdición de tantas almas. Ahí están sus «Anales» para recordarle cuántas veces los asaltos más furiosos se han roto en espuma contra la roca firme y tranquila, donde reposa, segura de su inmortalidad. Hoy como ayer, mañana como hoy, todos los esfuerzos para vencerla o disgregarla han de ceder y saltar en pedazos ante la fuerza vital del vínculo «caritatis» que une al Pastor con su grey.

De «Don Pirlone» a «Don Basilio»

La corrupción, arma del carbonarismo

En el año 1819, la Alta Venta del Carbonarismo, vigilante siempre en su diabólico plan de desprestigio y ruina de la Iglesia de Dios, enviaba a los influyentes personajes militantes en sus filas, una instrucción a la que pertenecen los siguientes fragmentos:

«En todas épocas ha ejercido el Pontificado influjo decisivo en los asuntos de Italia; la voz, la pluma y el corazón de sus innumerables obispos, presbíteros, monjes, religiosos y fieles de todas las latitudes le proporcionan de continuo almas dispuestas al martirio y al entusiasmo; allí donde quiere halla amigos que le entregan vida y hacienda; es, en una palabra, robustísima palanca cuya eficacia sólo algunos Papas han conocido, aplicándola, empero, únicamente en ciertas ocasiones y hasta cierto punto. En el día no se trata de reconstituir en favor nuestro ese poder cuyo esplendor está momentáneamente oscurecido; *nuestro objeto final es el de Voltaire y el de la Revolución francesa, esto es, el anonadamiento del catolicismo y de toda idea cristiana*, la que, si permaneciera viva entre las ruinas de Roma, debería después difundirlo otra vez y perpetuarlo.»

¿Cómo conseguir esa finalidad? El Carbonarismo no desconocía la influencia que en los corazones jóvenes ejerce el sentimiento patriótico, y la facilidad con que a través del mismo puede introducirse cualquier doctrina averiada. Por eso la Alta Venta instruía a sus adeptos:

«Desplegada a sus ojos, el esplendor antiguo de la Roma pontificia, y como en lo íntimo de los corazones italianos existe cierto amor hacia la Roma republicana, confundid sagazmente los dos recuerdos uno en otro. *Excitad, encended esas naturalezas poseídas de ardor y de patriótico orgullo*. Empezad por ofrecerles, en secreto siempre, libros inofensivos, poesías que rebosen de énfasis nacional, y poco a poco llevaréis a vuestros discípulos al grado de conocimiento necesario.» (1)

He ahí el primer estadio que había de conquistarse. La labor de zapa que se organizaba para «anonadar el catolicismo», contaba con un aliado formidable: la inmoralidad; por medio de ella, era posible corromper al pueblo, corromper a la mujer y a la juventud; el resto vendría por sí solo.

La Venta Suprema del Carbonarismo señalaba precisamente el importante papel que desempeñaría una persistente y profunda tarea desmoralizadora, que abarcase incluso los medios eclesiásticos. Veamos cómo desarrollaba *Vindicio* su satánica inspiración:

«La empresa nuestra—escribía en una de sus cartas—debe ser y es la corrupción por mayor, *la corrupción del pueblo por medio del clero, y la del clero por medio de nosotros*, la corrupción por la cual hemos de lograr un día precipitar a la Iglesia en la tumba. No ha mucho que un amigo se burlaba filosóficamente de nuestros proyectos y decía: «Para destruir el catolicismo debería empezarse por suprimir la mujer». Hasta cierto punto la idea es verdadera; pero ya que no sea dable realizarla y suprimir la mujer, corrompámosla junto con la Iglesia. «*Corruptio optimi pessima*». Grandiosa es la obra y puede seducir a hombres como nosotros; no nos apartemos, pues, de ella por miserables satisfacciones de personal venganza. *El mejor puñal para dar muerte a la Iglesia es la corrupción*. Manos a la obra, pues, y no la dejemos hasta verla del todo concluida.» (2)

Los procedimientos que va a poner en práctica el sectarismo quedan expuestos con toda claridad. El patriotismo será la tapadera que disimulará la gran campaña antirreligiosa; simultáneamente se procurará destruir la resistencia organizada, infiltrando el virus de la más desenfrenada inmoralidad: la prensa, los espectáculos, la escuela incluso, podrán servir de instrumentos para alcanzar los fines pro-

puestos. No faltarán a *Nubius* y a sus congéneres complicidades manifiestas y ocultas; se trata de una verdadera conspiración cautelosamente tramada y a largo plazo. «No la dejemos hasta verla del todo concluida», amonesta *Vindicio* no sólo a sus inmediatos adeptos, sino a los futuros seguidores que nutrirán las filas del anticlericalismo: «La obra que vamos a emprender—afirma la instrucción citada en primer lugar—no es de un día, ni de un mes, ni de un año: *puede durar años y años y quizás un siglo, pero en nuestras filas el soldado muere y la pelea continúa*».

Con esas palabras queda trazada toda una actuación. En su desarrollo conocerá ciertamente altos y bajos; se vestirá externamente con disfraces muy diversos; aprovechará la aparición de nuevas doctrinas políticas y sociales para dar una apariencia de cosa nueva; cultivará simultáneamente el odio desenfrenado y la más burda calumnia; la finalidad será, empero, la misma. Un año, un siglo, ¡da lo mismo! Los soldados van renovándose para mantener sin tregua la lucha a muerte contra Cristo y su Iglesia.

Primero será la unidad italiana; después, la «intransigencia» de León XIII o de Pío X; más tarde los Pactos de Letrán. Todo dará materia a los enemigos de Dios para sus descaradas campañas.

Así llegamos a los días presentes. ¿Quién podrá dudar que el actual anticlericalismo italiano está íntimamente ligado por lazos de dependencia con el del siglo pasado? Carbonarios o «patriotas», masones o republicanos, liberales o comunistas coinciden en idénticos propósitos y sirven los mismos principios.

¿Y no emplean acaso las mismas armas que un día les señalara *Nubius*, o la misma solidaridad internacional que prácticamente les mostró el genio tenebroso de *Piccolo Tigre*?

Liberalismo y libertad de imprenta

La prensa italiana se halla en gran parte corrompida tanto por lo que se refiere al fondo de sus escritos como por la manera insinuante con que trata de descristianizar y desmoralizar al pueblo. Muchas veces con el pretexto hipócrita de lamentar sucesos escandalosos, emplea fórmulas de expresión que constituyen un incentivo diabólico para los lectores. Columnas enteras de algunos periódicos están dedicadas a narrar con todo detalle y bajo epígrafes llamativos, los pormenores más repelentes de algunos delitos o episodios deshonestos, acompañándose incluso fotografías para despertar un interés más vivo.

Muchos de tales periódicos son leídos por gran número de jóvenes de ambos sexos, con la complicidad manifiesta a veces de los mayores, constituyendo ello un terrible fondo de perversión que sirve admirablemente de base y fundamento a la campaña anticlerical.

En algunas escuelas se han dado casos concretos del extremo a que ha llegado la corrupción de la juventud y aun, podríamos decir, de la infancia. No vamos a recordar ningún hecho específico; baste lo apuntado para comprender en qué ambiente agobiante se desenvuelve la vida de la sociedad italiana, y lo fácil que resulta para los modernos sectarios, en tales circunstancias, propagar bajas calumnias y desatar el odio que anida en sus pechos contra la santa Iglesia de Cristo.

Para que el lector pueda tener una idea aproximada de la importancia actual de la mala prensa en Italia, copiaremos una lista fragmentaria de los periódicos tachados en mayor o menor escala de inmoralidad. He ahí algunos títulos: *Amico dell'America, Argento vivo, Arte e spettacolo, Avventura galante, Bella, Botta e risposta, Brivido, Candido, Canzoniere illustrato, Centro, Che cos'è, Cicala, Cinebazar, Cinecittà, Cine illustrato, Cinelandia, Cinenovelle, Cineteatro, Clan, Club, Coquette, Codino rosso, Cronache, Cronaca nera, Domani sposi, Domenica napoletana, L'Europeo, Eva Film, Film d'oggi, Film rivista, Fradiavolo, Gitana, Gong, Hollywood, Krack, Intermezzo, Intimità, I tre i, Jazz,*

(1) El texto íntegro de la «Instrucción» fué reproducido en el número 45 de *CRISTIANDAD* de 1.º de febrero de 1946.

(2) Carta de *Vindicio* a *Nubius*, Créteineau-Joly, *La Iglesia Romana y la revolución*.

Lanterna magica, Lei, Liscio e busso, Metropoli, Mondo d'oggi, Musica maestro, Narratori di novella, Noi due, Novelle illustrate, Nouvelle americane, Nove novelle, Nuit et jour, Nuove grandi firme, Orlando, Oronzo, Pettiroso, Pinco Pallino, Platee, Politeama, Pubblico, Quadrante, Quirinetta, Radar, Radio famiglia, Radio illustrazione, Rinascita della domenica, Rivista, Scandalo, Scienze occulte, Separé, Sette, Settimana, Settimana nel mondo, Sei e ventidue, Spazio, Speker, Star, Successo, Supergiallo, Tempo, Tempo perduto, Tip Tap, Tua, Ultimo banco, Vento del Nord, Verità nuda, Vita sana, Voce romana, Vostre novelle, etc.

La relación anterior la consideramos suficiente para nuestro intento. Representa una clara muestra de las consecuencias a que conduce la interpretación liberal de una libertad de prensa al servicio de los hombres sin conciencia, con la mira puesta tan sólo en conseguir la desmoralización de un país como primer paso obligado para la instauración de sus perversas teorías.

No hablemos ya del gran número de diarios y revistas portavoces de los partidos políticos cuyas ideas complementan la obra destructora que llevan a cabo los periódicos mencionados. En realidad, todo responde a un solo criterio y va encaminado a un único fin. Las diferencias externas no tienen nada que ver con la unidad de propósitos reveladora de una perenne y profunda conjuración.

Anticlericalismo de ayer y de hoy

La campaña satánica contra la Iglesia ha alcanzado su punto culminante con la aparición de un libelo infame, satánico, muy parecido posiblemente en sus rasgos esenciales a algunos que desgraciadamente vieron la luz en la santa tierra de España. El periódico a que nos referimos y cuyo título, *Don Basilio*, ha sido dado a conocer por las agencias informativas, alcanzó en tan diabólica misión extremos verdaderamente inconcebibles. Parece mentira que la inteligencia humana sea capaz de descender a un nivel imposible de alcanzar a los mismos brutos.

La Sagrada Congregación del Santo Oficio, mediante decreto de 22 de noviembre pasado, declaró prohibido *ipso iure* dicho periódico —que se publica en Roma— por dedicarse, «con impúdica temeridad a impugnar directamente la verdad de la fe, escarnecer el culto divino, exponer al desprecio público la jerarquía eclesiástica, atacar violentamente al clero y a los religiosos, cubriéndolos de vulgares calumnias». En el expresado decreto se recuerda que no es lícito vender ni leer tal periódico «sin cometer grave pecado», declarándose que se ha advertido «a los directores, redactores, colaboradores y editores» sobre «la pena de excomunión reservada a la Santa Sede, en que incurrirán *ipso facto* y sin ulterior declaración, si no desisten de labor a que se dedican».

¿Qué representa en realidad el movimiento anticlerical de nuestros días?

Desgraciadamente, hay que insistir en ello, la campaña contra la Iglesia en Italia es tan antigua como la misma revolución. Durante los breves meses en que se desarrollaron las dos repúblicas romanas, así como en el periodo intermedio y en los años de 1848 a 1870 y aun posteriores, son numerosas las pruebas del espíritu antirreligioso que ridículos tribunales trataron de infiltrar en la conciencia popular, canalizando el fácil entusiasmo de las masas en demostraciones contrarias a los íntimos sentimientos del verdadero pueblo. Aun cuando en los momentos presentes los comunistas, como hemos dicho ya en otra ocasión (3), tienen una responsabilidad directa en la campaña de inmoralidad y de apostasia, ni son ellos los inventores de tales propagandas, ni siquiera son los únicos en patrocinarlas. Entre el anticlericalismo del pasado siglo y el actual no existe solución de continuidad. Ambos responden a una misma dirección y a una misma táctica de combate.

El conde Sforza, al señalar, en la frase que luego citaremos, a Pio XI como futuro responsable del desencadenamiento de los actuales «odios religiosos», no hacía más que subrayar el nexo de unión entre los anticlericales de ayer y los de hoy.

Intentar acusar tan sólo al comunismo para aliviar las responsabilidades tremendas que sobre el liberalismo, en todas sus facetas, pesa, constituye un equívoco histórico que es necesario desvanecer si queremos comprender verdaderamente la naturaleza intrínseca de lo que constituye, según palabras de Su Santidad León XIII, el reino de Satanás, del cual forman parte todos los enemigos descarados o encubiertos del catolicismo, *aunque no militen en las filas comunistas*.

En el número 45 de CRISTIANDAD reproducimos una caricatura aparecida en 1870, que ilustraba por sí misma el ambiente de furibundo anticlericalismo que reinaba en aquella fecha, de tan tristes recuerdos, en Italia. Por ella pueden comprender nuestros lectores el nivel infame de degradación que alcanzan las actuales publicaciones antirreligiosas. Porque entre un *Don Pirlone* de 1848, un *Fischietto* de 1870 y un *Don Basilio* de nuestros días, no hay más diferencia que la de sus respectivos títulos. El contenido es de idéntica inspiración.

Confusionismo liberal

Ha habido comentaristas—hemos aludido a ellos anteriormente—que han tratado solapadamente de identificar en cierto modo el anticlericalismo con el comunismo. Para estos señores, cuya triste habilidad consiste en excusar las doctrinas liberales, el anticlericalismo de nuestros días y el del pasado siglo son totalmente diferentes. Refiriéndose específicamente a Italia, llegan a escribir que el patriotismo era el inspirador del movimiento anticlerical del siglo XIX, y que por consiguiente constituía un simple artificio propagandístico sin fondo alguno de perversidad; en cambio, en la descarada campaña de estos últimos tiempos, hay, en el sentir de tales señores, un expreso fin político. ¿Es posible tal desconocimiento de la realidad?

Claro que no es de extrañar ese desconocimiento de hechos elementales en determinadas plumas, cuando el propio fundador de la democracia cristiana en Italia, como hemos recordado en otra ocasión (4), ha podido escribir: «Los levantamientos de 1848 fueron inspirados por la necesidad de romper los grilletes con que los tiranos de todos los países habían ahogado a los pueblos de Europa», y comentando la inflexible posición del gran Papa Pio IX, ha llegado a acusar al Pontífice de promotor de las reacciones anticlericales: «la actitud del Pontífice exacerbó más aún el anticlericalismo de los elementos liberales y extremistas hasta provocar un movimiento intelectual de laicismo y de oposición antirreligiosa» (5).

En este punto, Dom Sturzo parece coincidir con los comentaristas de referencia. Porque si el anticlericalismo de entonces era un simple movimiento patriótico de defensa, la intransigencia del Papa fué la causa de que la pasión anticlerical continuara aun después de haberse consumado con toda suerte de expoliaciones, la unidad italiana.

He ahí por dónde se llega a la peregrina conclusión de que el Papa fué el promotor del movimiento antirreligioso, primero por haberse opuesto al robo, después por negarse a aceptar la razón de la fuerza.

Tales absurdos se lanzan posiblemente en beneficio de la concordia con los partidos y los prohombres liberales. ¿Hasta dónde llegaríamos con semejante manera de raciocinar?

De nada valen tan interesados equilibrios. Los enemigos de Dios y de su Iglesia son los mismos ahora que antes. Entonces podían encubrirse con un pseudo patriotismo—lo hemos visto también en España—, ahora pueden hacerlo en nombre de la justicia social y del antifascismo. Da igual; bajo cualquier careta política, social o sectaria, los conocemos: son los súbditos del reino de Satanás.

Precisamente el conde Sforza, con análogo desenfado —lo hemos indicado ya—dejó constancia para los tiempos presentes de la unidad de designios que enlaza a nuestros sectarios con los fautores de la destrucción de los Estados de la Iglesia. Anunciaba el señor Sforza: «*Ha habido alguien que ha laborado en Italia por la emergencia de odios religiosos con un éxito mucho mayor que toda acción vol-*

(4) CRISTIANDAD, n.º 65, pág. 418.

(5) Dom L. Sturzo, *Italia y el Nuevo Orden Mundial y L'Italie et le Fascisme*.

(3) CRISTIANDAD, n.º 63, pág. 386.

teriana o masónica; y este alguien ha sido Pío XI con su *Tratado de Letrán*» (6).

Y el conde Sforza ha sido nombrado ministro de Asuntos Exteriores en un Gobierno presidido por el señor De Gasperi.

He ahí explicada la génesis de la presente campaña sec-

(6) Conde Sforza, *Las dictaduras europeas*, prólogo a la edición española.

teria y demostrada la continuidad de una táctica. En 1870, Pío IX con su santa intransigencia «fué el culpable» del anticlericalismo de entonces; el espíritu prudente y conciliador de Pío XI «ha provocado» la actual propaganda difamatoria.

Como puede verse, el pensamiento de los sectarios no ha variado. ¿Ha variado acaso la candidez, o lo que sea, de nuestros *inocentes* liberales?

José-Oriol Cuffi Canadell

Matices de la personalidad de Massimo d'Azeglio

Sobre el fondo tormentoso del Risorgimento, en el propio Piamonte, destaca la compleja figura del Marqués Massimo d'Azeglio. Destaca por muchas razones, pero especialmente porque supo aunar las más variadas actividades —artísticas (literarias, pictóricas), sociales, militares, diplomáticas, políticas—, dejando en todas ellas un sello muy personal, y porque de tal manera las llevó a cabo que su memoria ha sido respetada por todos. Esto es lo extraordinario en Massimo d'Azeglio: quedó, por así decirlo, bien con todo el mundo, dentro de la medida de lo posible; y eso de quedar bien con todo el mundo después de una actuación de primera figura en pleno Risorgimento italiano resulta algo tan esporádico y casi tan inexplicable que vale la pena de detenerse por unos momentos en su consideración.

Las actividades de d'Azeglio fueron —ya lo hemos apuntado— variadísimas, e induciendo de lo que nos narra en sus Recuerdos podemos afirmar que no necesitaron de una preparación excesivamente trabajosa; su capacidad para ellas surgió espontáneamente, como si su elaboración la hubiera encontrado ya acumulada dentro de sí. Aun hoy, perdida ya la palpitante actualidad de la personalidad del autor, podemos recrearnos contemplando la reproducción de sus telas más célebres: la «Disfida di Barletta» y su autorretrato, en hábito de pintor, con su gran boina de bohemia romántica, y leyendo sus romances «Ettore Fieramosca» y «Niccolo de Lapi». En todas ellas existe esta marca de voluble facilidad que notaremos más tarde en sus actividades políticas, motivada seguramente por idénticas razones y con la misma y acabada formal elegancia propia de su generación de gentileshombres europeos.

En su vida política vive personalmente un momento de interés perdurable: el de formalizar el contacto de los elementos unitarios con el Rey Carlos Alberto, mediante una entrevista de hábil tanteo. En ella fué en la que el «Re Tentenna» prometió a los conjurados de Rimini, por medio de D'Azeglio, su interlocutor, ponerse al frente de la causa de la unidad italiana. Aquella vez, como en otras muchas, se portó D'Azeglio paradójicamente: habló en nombre de los conjurados sin haberse conjurado nunca él mismo y la razón que nos da de ello es aún más paradójica; así, le dijo al Rey: «Majestad, yo no pertencí nunca a ninguna sociedad secreta, no metí mano nunca ni en chismes ni en conjuras; pero así como he pasado la infancia y la juventud siempre aquí o allá en Italia, y todos me conocen y saben que no soy espía y por eso ninguno desconfía de mí, así también me he enterado siempre de todo como si hubiera sido un sectario». Y así, podríamos añadir nosotros, pudo llegar a decir al Rey lo que nadie seguramente hubiera logrado decirle nunca en una simple audiencia. Fué en esta entrevista en la que Carlos Alberto contestó y prometió solemnemente: «Haga saber a esos señores que se estén quietos y no se muevan, no habiendo por ahora nada a hacer; pero estén ciertos que presentándose la ocasión, mi vida, la vida de mis hijos, mis armas y mis tesoros, mi ejército, todo estará pronto para la causa italiana». Así, de esta manera, a la gestión de

D'Azeglio en pro de una formalización y amparo a la obscuridad de las conjuras, por medio de una conversación privada, casi trivial, contestó la Corona sabauda aceptando y prometiendo, promesa que cumplió. Y al ósculo que en ambas mejillas recibió de Carlos Alberto este enviado confidencial se le atribuyó —a pesar de ser ésta la normal manera de despido para los caballeros italianos cuando se encuentran paseando por las calles—, por provenir de los regios labios, el carácter de sello solemne de un pacto trascendental.

Sus otras actividades políticas, ya posteriores, con haberle conducido a lugares más altos y de oficialidad más ostensible, tal vez queden pálidas al lado de esta sencilla conversación confidencial.

D'Azeglio fué nombrado Primer Ministro después del difícil momento de la batalla de Novara, en 1849. Desafiando la impopularidad salvó la estructura del Estado y las instituciones. Su proclama de Moncalieri es un modelo de equilibrio y de sentido político. La Corona encontró en él al instrumento que puso a su servicio toda la flexibilidad de sus cualidades, cuyo empleo hacían tan oportuno las circunstancias. Acompañó más tarde a Víctor Manuel II y a Cavour en su viaje a París, fué nombrado Plenipotenciario en Londres y posteriormente Gobernador de Milán. En 1860 se retiró definitivamente, y en 1863 comenzó a escribir sus Recuerdos, que encabeza con una adaptación del Rey David (Salmo 44) y de Gregorio VII: «Quaesivi iustitiam et odivi iniquitatem, propterea...». En estos puntos suspensivos va concentrado su escepticismo y su manera de formular su desinterés por los acontecimientos, su desengaño. Es probable que si hubiera puesto demasiado interés en las muchas cosas de su vida, la frase no se hubiera quedado inacabada mediante unos puntos suspensivos y hubiera terminado con toda su crudeza.

Quedó bien con todo el mundo, hemos dicho. Y así es, efectivamente. Víctor Manuel II le calificó como a «primer caballero de Italia», y los militantes en las tendencias confesionales italianas le han considerado siempre como al único personaje del Risorgimento libre de mácula. Tal vez sea la fuerza del contraste la que realce una opinión semejante.

Hay que reconocer en él una posición independiente y una clara objetividad. También un dominio de los hombres y de las cosas, sin ningún engallamiento, y un desinterés enorme; queremos decir: una absoluta desgana en medrar. En sus Recuerdos más parece un cronista privado que un hombre público que escribe sus Memorias. Sus impresiones dan la sensación de ser estrictamente episódicas: los generales que acudieron en auxilio del Rey en 1821 resultaban absolutamente anacrónicos embutidos en sus viejos uniformes; Carlos Alberto trataba los asuntos con extraordinaria frialdad; Pío VII era hombre que se dejaba guiar por el Cardenal Consalvi en los asuntos de gobierno, pero era una persona muy agradable: imposible olvidar la partida de billar a la que le concedió el honor de invitarle en Castelgandolfo. Y así sucesivamente. Casi pueden hallarse en sus Recuerdos más datos para



El Marqués Máximo d'Azeglio

reconstruir la pequeña historia del gran mundo que pululaba por la Italia del Romanticismo, que serios datos para la Historia con mayúscula.

* * *

Hay algo en el fondo de la personalidad de D'Azeglio que viene a ser la clave de esta elegante sobriedad que trasluce en el curso de su vida. D'Azeglio se queja, muy al principio de sus Recuerdos, de la absurda manera con que fueron provistos los cuadros de la oficialidad del Ejército piemontés, después del regreso del Rey del exilio de Cerdeña, a la caída de Napoleón. Se acudió, dice, al último Anuario de la Corte. Se pidieron los nombres de los varones mayores de dieciséis años pertenecientes a las familias que allí figuraban y se les invistió de la categoría de oficial, sin más preparación. Así Massimo d'Azeglio quedó sorprendido casi en su infancia con su graduación militar.

Pero es que esta situación de privilegio, de la que se lamenta, es la que permitió siempre que las cosas aparecieran a su vista y que él apareciera en todas las cosas con la señorial objetividad en él característica, y a la que podríamos atribuirle paradójicamente la paternidad de esa misma lamentación. Su elegante sobriedad es probablemente más hija de la elegancia que de la austeridad de

espíritu. Cuando su conducta deja estos caminos, lo hace siempre con un resabio que a su vez no ha dejado nunca de acompañarle en ellos: con lo que podríamos llamar, en cierto modo, resabio de una curiosa amenidad de diletante.

D'Azeglio fué un señor y, a pesar de sus reticencias, no pudo ocultarlo. De ahí sus paradojas. De ahí el que se encontrara en medio de la corriente y no fuera arrastrado del todo por ella, refugiándose otra vez en sí mismo, y que este refugio de sí mismo no le hubiera bastado anteriormente para no ceder a la tentación de ir a buscar el curso de la corriente. De ahí el apaciguamiento en sus ímpetus, la equilibrada cortesía en sus desengaños, la inconsciente sensación confortable en su retirada a tiempo. Es difícil discernir si en el D'Azeglio enviado secreto cerca del Rey, en el D'Azeglio Embajador en Londres, en el D'Azeglio Primer Ministro, existe más de enviado secreto, de Embajador y de Primer Ministro que de Massimo d'Azeglio. Es decir: no sabemos hasta qué punto el redactar el Memorándum a Francia e Inglaterra sobre la Italia central enalteció a Massimo d'Azeglio o hasta qué punto quedó enaltecido el Memorándum por haber sido redactado por Massimo d'Azeglio.

La habilidad y la cortés contemporización, a veces tan peligrosa, y esa indefinible huella de dignidad tan peculiares de la figura de D'Azeglio, son también fruto de una elaboración muy reiterada, casi inconsciente, ancestral. Ella es la que le permite esta libertad de movimientos, esta facilidad de resortes e independencia de criterio.

Y a pesar de todo, D'Azeglio se desliza. Sórdidamente se desliza. A pesar de sus fidelidades confesionales y del clarificador desinterés en medio de tantas intrigas interesadas. La brillante inquietud o la falta de cuidado en no quedar del todo exento del desliz pueden encontrar sus causas en una especie de ambiental e inevitable volterianismo social. Inevitable en cuanto a su encuentro, pero no, naturalmente, en cuanto a su seguimiento.

Hemos dicho que de sus Recuerdos pueden entresacarse más noticias para una pequeña historia del gran mundo de entonces que para la Historia Universal, y con esto casi hemos podido decir que para él las cosas privadas tenían más interés que las públicas; aunque tal vez fuera más acertado el pensar que las cosas públicas le resultaron siempre de un orden casi privado. En esto pagó tributo a su situación privilegiada; y por eso sus deslices intelectuales, y aun quizá algo más que intelectuales, aparecen no con el carácter privado con que tal vez fueron formulados y redunden en su personalidad pública.

Así, también él mismo puede quedar incluido entre la pléyade de hombres del Rissorgimento, a la que apostrofa: «¡Pobres hombres que creen conducir los acontecimientos!».

Juan Manuel Montobbio Jover



PIO XII
Mensaje de Navidad
1946



NINGÚN cristiano tiene derecho a dar señales de estar cansado de la lucha contra la oleada antirreligiosa de la hora presente. Poco importa cuáles puedan ser las formas, los métodos, las armas, las palabras ridículas o amenazadoras, el disfraz con que se encubre el enemigo. A nadie se le podría perdonar que ante ella se quedase con los brazos cruzados, la cabeza baja y temblándole las piernas.

Política liberal del Piamonte

I

1849-1851

El segundo periodo del Pontificado de Pio IX no se inicia exactamente en el mes de abril de 1850, cuando el Santo Padre vuelve a su Sede después de dieciséis meses de ausencia, sino casi un año antes, entre los meses de marzo y julio de 1849. Entonces se producen en brevísimo espacio de tiempo una serie de acontecimientos que implican la desaparición de personas y circunstancias que daban la fisonomía del momento histórico con que se inició el Pontificado.

Así, ha podido decir el historiador Dr. Constantino Bulle (1): «La derrota de los piamonteses cerca de Novara el 23 de marzo de 1849, la sofocación del levantamiento de Sicilia, quince días después escasamente, y por último la toma de Roma por los franceses en los últimos días del mes de junio del mismo año, habían señalado el fin del levantamiento nacional de 1848...».

La derrota de Novara fué, a más de un revés infringido a las tropas piamontesas en que se encarnaban los impulsos liberales y nacionalistas de Italia, motivo de la abdicación de un monarca, Carlos Alberto, y la aparición en el escenario histórico de su hijo Víctor Manuel II, que había de ser el instrumento utilizado por los elementos sectarios para alcanzar la unidad italiana y llevar a cabo la expoliación de los Estados de la Iglesia.

La entrada en Roma del general Oudinot, el día 3 de julio, ponía fin a la República Romana. Con ello, no pasó de ser un simple episodio en el que se mostraron los fines que pretendían los revolucionarios italianos manejados por la Alta Venta. La Ciudad Eterna volvió a ser del Pontífice y su bandera ondeó de nuevo el 15 de julio. Si no regresó enseguida a ella fué por diversas circunstancias que así lo indicaban, como lo notificó el Cardenal Antonelli al cuerpo diplomático el 12 de marzo del siguiente año, próximo ya a efectuarse.

Días después —28 del mismo mes—, fallecía en Oporto el recientemente abdicado Carlos Alberto.

Un estudio, pues, de la política liberal del Piamonte bajo el reinado de Víctor Manuel II, coincide con el segundo periodo del Pontificado de Pio IX.

* * *

Si el reino de Cerdeña bajo Carlos Alberto había sido para el sentimiento nacional de la unidad italiana la esperanza de su posible realización, al suceder a aquél su hijo Víctor Manuel no se desvaneció tal carácter, antes bien se acrecentó.

Esa circunstancia de que el reino de Cerdeña reivindicase para sí el carácter de defensor de la Italia unida, es la causa de que las ideas liberales encuentren en él un ambiente más propicio para su difusión que en el resto de la península. Por causas diversas y profundas, cuya exposición nos alejaría de la materia de este trabajo, liberalismo y nacionalismo son dos realidades históricas que corren paralelas y se influyen mutuamente.

De este modo, la política que siguió desde las elecciones de julio de 1849 el Gobierno piamontés, tuvo siempre como inspiradores estos dos motivos, en estrecha relación: la unidad de Italia y la defensa de los principios liberales en nombre del *progreso* y de la *libertad*.

Al amparo del Estatuto otorgado por Carlos Alberto, los principios liberales se desarrollan y cunden en todos los órdenes. La libertad de imprenta es la más estimada y defendida. La razón es obvia. Abierta la posibilidad de utilizar la letra impresa en defensa de todas las ideas, las

demás libertades que se propugnan encuentran el vehículo para expandirse. En el Parlamento repetidas veces se hace alusión a la importancia que reviste como propagadora de toda independencia, y las sociedades secretas la fomentan y utilizan como una de sus armas más poderosas.

El blanco a que esta imprenta libre dirige sus ataques es la Iglesia católica. Diariamente salía de las prensas innumerable cantidad de publicaciones, periódicos, hojas volanderas, etc., en que se vituperaba a la Iglesia, a la que se imputaba la intransigencia y el obscurantismo, y se presentaba ridícula y ofensivamente al clero para hundirle en el descrédito y la mofa. El sentimiento patriótico era fomentado sectariamente y dirigido contra la Santa Sede. Los esbirros de la Alta Venta sabían dirigir las miradas del pueblo sardo hacia la figura de Pio IX, es decir, hacia aquel Pontífice que era la causa de que ejércitos extranjeros pisaran en aquellos momentos el suelo italiano de Nápoles, de Toscana y de los Estados de la Iglesia. Y si el ejército piamontés había sido derrotado en Novara, lo había sido por las armas de Austria, esto es, de una potencia católica también.

La Iglesia, que había puesto en evidencia los manejos criminales de las distintas sociedades secretas y las había condenado, como había condenado desde ya hacía años los errores del pensamiento liberal, en cumplimiento de su misión de velar por la salud de las almas, constituía el más firme valladar que se oponía a aquella invasión de que era víctima el pueblo sardo. Desde la cátedra sagrada, por las Pastorales de los Prelados se defendían los derechos legítimos de la Santa Sede y se combatía el uso inmoderado de la libertad de pensar y decir. Pero esta actitud era presentada precisamente por el Gobierno como una manifestación de la oposición de la Iglesia al espíritu de libertad y progreso que le animaba. De este modo convertíase de ofensor en ofendido, no era él el que conculcaba derechos o prescindía de Concordatos estipulados, sino el que defendía los derechos superiores de la libertad y de la igualdad, es decir, de aquellos ideales que en la mente de la época aparecían enlazados a los del nacionalismo y la independencia soberana.

Si era la Iglesia la que por la boca de sus ministros se oponía a esa política, el mejor medio para enmudecerla era destruir aquellas inmunidades en que se amparaba para ejercer su ministerio, suprimir el privilegio del fuero para que, como ocurrió, el clero comparciera ante tribunales civiles, confundir a sus sacerdotes con el todo de los ciudadanos en nombre de la igualdad, pero con plena conciencia de que al poner en un mismo nivel lo que la naturaleza de las cosas exige más alto que lo demás, no se le iguala con ello, sino que se le postra en un plano inferior.

Lej sobre las Inmunidades Eclesiásticas

Una pastoral del Arzobispo de Saluzzo, en que este Prelado combatía el abuso de la independencia y libertad, especialmente de la de la imprenta, fué motivo utilizado por el diputado liberal Brofferio para rasgarse las vestiduras y, con la pastoral en la mano, interpelar en la Cámara al ministro de Gracia y Justicia. Al comienzo de su discurso dijo: «En esta dolorosa lucha entre la inteligencia y la avaricia humanas, ¿por qué hemos de ver perpetuamente a la vanguardia de la reacción, no digo al

(1) *Historia Universal*, de ONCKEN, t. XXXVI, p. 138.

clero, sino a la facción clerical? ¿Cómo en nombre de una religión de la que viene la luz, la igualdad, la libertad, se atreve a predicar la servidumbre e introducir las tinieblas donde el Evangelio hace brillar la luz?» (2).

Siempre ha sido prurito de los doctrinarios liberales el pretender un más exacto conocimiento de las doctrinas que debe seguir la Iglesia, que la Iglesia misma; un deseo de provocar en las mentes la idea de un divorcio entre las doctrinas del cristianismo y su realización por la Iglesia de Roma, escudándose en que no van contra aquéllas, sino contra ésta.

En un ambiente propicio, habiendo sabido provocar la hilaridad de la Cámara, leyó este diputado algunos fragmentos de la pastoral del Arzobispo de Saluzzo, comentándolos ora escandalizado, ora irónico, siempre mostrándose como defensor del cristianismo y haciendo objeto de burla las advertencias del Prelado a sus feligreses.

Siccardi, ministro de Gracia y Justicia, se hizo eco de aquel discurso y alegó como máxima prueba de la necesidad de que actuara el Gobierno, la pastoral de monseñor Gianotti que acababa de ser leída.

Pocos días después, el 5 de marzo de 1850, se presentó en la Cámara un proyecto de ley para la abolición del fuero eclesiástico.

La tesis defendida en este proyecto era la siguiente: el Estatuto proclamaba la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, lo cual se estimaba basado en «la esencia de la soberanía». Considerábase corolario de esa afirmación, no sólo la supresión del privilegio del fuero (artículos 1 a 4), sino también de las inmunidades eclesiásticas (artículos 5 y 6), pues de otro modo no sería real la igualdad. Después, en los artículos 7 y 8, se suprimen las leyes penales que sancionan la inobservancia de las fiestas, reconociéndose a la Iglesia el derecho a declarar días festivos en sentido puramente religioso.

Al día siguiente, el canónigo Pernigotti preguntó en la Cámara al ministro Siccardi sobre estos dos puntos: primero, si antes de la presentación del proyecto de ley se habían iniciado tratos con la Santa Sede; segundo, en caso afirmativo, si se había obtenido el asentimiento de Roma.

La respuesta del ministro constituyó la defensa del proyecto. La base de su argumentación a favor de la supresión del privilegio del fuero es la de que la existencia de dos tribunales distintos e independientes está en contra de la soberanía territorial. Pero esta negación del derecho que a la Iglesia asiste de poseer tribunales en los que encuentren sanción las leyes emanadas de su poder legislativo, descansa en una negación más amplia, cual es la de la Iglesia como sociedad jurídicamente perfecta. «La administración de la justicia civil y penal —dice Siccardi— es incontestablemente un ramo inseparable de la soberanía del Estado... Los tribunales eclesiásticos ejercitaron y querían todavía ejercer una parte; pero la ejercitaron no como jurisdicción propia, sino como si fuese delegada del príncipe soberano, que consiente el ejercicio, mientras que de él sólo debe emanar toda justicia» (3).

Después contestó escuetamente a Pernigotti: sí, se había tratado con la Santa Sede y además larga y variamente «con notas y contranotas, con proyectos y contraproyectos», pero no se concluyó nada.

Frente al canónigo Pernigotti, el sacerdote Marongiu y el diputado católico Menabrea, defensores de los derechos de la Iglesia, estuvieron las voces de Revel, Sulis, Balbo, entre otros, y sobre todo Brofferio y Cavour. Para dar idea de la posición de alguno de estos diputados queremos citar las siguientes palabras pronunciadas por el conde Balbo «Señores, la religión católica es quizá, o sin quizá, una religión exigente, incómoda, como su Dios, un Dios celoso».

Las intervenciones de Brofferio en contra de la Santa Sede tienen como características la virulencia, la osadía y cierta habilidad para provocar risa en su auditorio, buscando colocar a sus enemigos en situación ridícula. Su palabra busca herir directamente a las figuras representativas de la Iglesia romana, a los sacerdotes, a los religiosos, a Pío IX concretamente. Su osadía no reside tanto en lo infundado y vacío de sus afirmaciones, como

en el achaque de presentarse defendiendo un grande conocimiento de la religión, una muy alta espiritualidad y un no menos alto concepto de la misión de la Iglesia, que le hace despreciar la actitud del clero, «poco cristiana: levantando bandera contra bandera, ley contra ley, y en vez de fraternidad... promueve la discusión fraterna y la guerra civil».

Así argumenta contra lo afirmado por el canónigo Pernigotti: «La Iglesia, dice el preopinante, es una gran sociedad que quiere ser respetada. Conocido sofisma de la facción clerical, que pretende un Estado en el Estado. La sociedad es una sola: es la unión de todos los ciudadanos ante la ley, de todos los cristianos ante Dios». Y añade: «La Iglesia no es una sociedad, es la viva palabra del Evangelio» (4).

Hablan estos liberales en un sentido tan elevado de la religión católica y de la Iglesia, que traicionan su verdadera intención, que no es ensalzarla, sino alejarla de sí y de la sociedad. Brofferio tiene, además de esto, una especial afición a insertar en sus discursos, aparte de citas de tratadistas jurídicos y canónicos, el testimonio del Evangelio.

En aquellas sesiones de los días 5, 6 y 7 de marzo, vióse lo inclinada que la Cámara estaba a aprobar el proyecto de ley. Pero el discurso que pronunció Cavour el 7, alejó toda posibilidad de triunfo en los defensores de la Santa Sede. A partir de este discurso creció la importancia de Cavour como hombre de gobierno ante el Parlamento y entonces se inicia su influencia preponderante en la política piemontesa.

Combatió a los que oponían al proyecto de ley el reparo, que no oposición, de la oportunidad, diciendo que «... cuando una reforma es reconocidamente buena..., cuando no se le puede hacer una crítica intrínseca, resulta de aquí un grandísimo argumento de oportunidad».

Combatió a los que esgrimían la necesidad de tratar la cuestión con la Santa Sede, alegando que el Sacro Colegio estaba animado de un espíritu intransigente y opuesto a la reforma. Conociendo lo que el proyecto contenía y los fines sectarios que se pretendían, nada puede extrañarnos esa posición de parte del Colegio Romano. Lo que no puede por menos de sorprender es la tranquilidad con que se prescinde de la Santa Sede cuando se reconocen sus intereses en el objeto de la ley. La existencia de un Concordato que se refería especialmente a las inmunidades era algo que no se podía negar, y en cuanto a los intentos de tratar con la Sede Romana, luego veremos en lo que consistieron.

Por el contrario, cree Cavour que por esta reforma debe dar a conocer el Gobierno su espíritu de progreso, en vez de seguir por un camino seminegativo de pequeñas reformas: «Creo que esta reforma debe manifestar con plenitud cuáles son verdadera y realmente los sentimientos de los consejeros de la Corona... Esta consideración es para mí de una tal gravedad, de una tan alta importancia, que ella sola bastaría para decidir mi voto» (5).

Combatió finalmente a los que estimaban que la ley podría causar escándalo público, irritación en los ánimos o alejar de la política del Gobierno una notable parte del clero y del pueblo: «... el catolicismo tiene siempre el gran mérito de saberse adaptar a los tiempos, de saber, en la parte mutable, conformar sus principios con el partido que rige la sociedad...; cuando la sociedad descansaba sobre los privilegios, la Iglesia supo obtener su parte de privilegios...; ahora que la sociedad descansa sobre el principio de igualdad, sobre el principio del derecho común, creo que el clero sabrá adaptarse muy bien, sabrá hacerlo suyo, y con esto verá crecer su influencia, su autoridad».

El clero católico no transigió, porque no podía transigir. El clero católico se opuso a unas reformas que deliberadamente querían ignorar el fundamento de derecho natural sobre que se asientan las inmunidades de la Iglesia y el privilegio del fuero. El clero católico se opuso y luchó con la doctrina perniciosa que sometía el poder judicial de la Iglesia al Estado, como sometía a su jurisdicción sus bienes y personas. Por último, no pudo adaptarse a un estado de cosas que estaba en oposición con

(2) BROFFERIO: *Storia del parlamento subalpino*, t. III, p. 533.

(3) BROFFERIO: *Ob. cit.*, t. III, p. 554.

(4) BROFFERIO: *Ob. cit.*, t. III, p. 570.

(5) BROFFERIO: *Ob. cit.*, t. III, págs. 611 y ss.

el carácter de personalidad internacional que reviste la Santa Sede y que prescindía de los Concordatos estipulados con ella (6).

En el ambiente de la Cámara subalpina después de estos debates, nada tiene de extraño que la *Ley Siccardi* fuese aprobada por una mayoría de 107 votos a favor y 42 en contra.

Una vez sancionada la ley, se produjeron los acontecimientos que eran previsibles.

Ya bastante antes, cuando Pío IX tuvo conocimiento del proyecto de ley presentado en la Cámara piemontesa, ordenó protestar contra él al Cardenal Secretario de Estado, Antonelli, protesta que data de Portici: «Uno de los grandes dolores que llenan de amargura el alma de Su Santidad está causado por la consideración del estado de cosas hacia que parecen tender en el Piemonte los negocios eclesiásticos y la religión. Y, de hecho, la licencia desenfadada de la prensa, que no respeta nada sagrado; el desprecio del sacerdocio, que tiende a paralizar la acción de los sagrados pastores; los esfuerzos dirigidos sin cesar para atacar y arruinar los derechos de la Iglesia y para sustraer a su influencia la instrucción de la juventud, todo hacía temer las consecuencias más funestas.

»El Santo Padre, en su aflicción, gemía sobre los peligros que amenazaban a la Iglesia del Piemonte, pero al mismo tiempo confiaba en la religiosidad de Su Majestad sarda y en la prudencia de su Gobierno. ¡Cuál no sería su disgusto al leer en los periódicos el proyecto y el informe sobre los negocios eclesiásticos, leído en la tribuna por el señor ministro de Justicia, y después al recibir la comunicación hecha por Su Señoría Ilustrísima en nombre del señor ministro secretario de Estado para los negocios extranjeros, con la nota del 4 de este mes (febrero) relativa a los seis artículos sobre el foro eclesiástico, la inmunidad local y la observancia de las fiestas! La sorpresa de Su Santidad ha sido tanto más viva cuanto que en esta misma nota parece acusarse a la Santa Sede de haber rehusado tratar con el Gobierno sardo.

»En presencia de un acontecimiento tan doloroso y tan inesperado, Su Santidad ha creído que su cargo apostólico le imponía el deber riguroso de ordenar al que suscribe, Cardenal Pro-Secretario de Estado, responder sin dilación a vuestra comunicación susodicha, para sostener a la Iglesia afligida del Piemonte y a los derechos de la Santa Sede» (7).

Después de publicada la ley protestó contra ella por orden de Su Santidad, el Nuncio Apostólico residente en Turín.

El 18 de abril, monseñor Fransoni, Arzobispo de aquella ciudad, publicó una pastoral en la que daba instrucciones al clero con respecto a la *Ley Siccardi*. Del mismo modo actuó el Arzobispo de Sassari. Ambos Prelados fueron llevados ante los tribunales y fueron reclusos, el segundo en su propio domicilio y el primero conducido a la ciudadela de Turín el día 4 de mayo. El Cardenal Antonelli, diez días después, formuló una protesta por el atentado cometido contra la persona del Arzobispo de Turín.

Todos estos acontecimientos ocurrían por los mismos días en que el Papa Pío IX regresaba a la Ciudad Eterna, empañando de este modo la alegría de su retorno. Al lado de las bendiciones y del recuerdo agradecido para los monarcas y pueblos que habían acudido en su auxilio en los días de la Gaeta, en la Alocución «Si semper antea» pronunciada el 20 de mayo de 1850, por primera vez desde Roma, se lamenta el Santo Padre del estado a que se ven reducidos los negocios de la Iglesia en el reino de Cerdeña: «Mas cuando gozábamos de este consuelo nos sobrevino otro amarguísimo dolor, que en gran manera nos angustia y oprime, al ver de qué modo las cosas de nuestra santísima religión son tratadas en otro reino católico y conculcados los derechos sagrados de la Iglesia y de esta Santa Sede. Bien comprenderéis, Venerables Hermanos, que hablamos aquí del reino del Piemonte».

(6) Más tarde incluiría Pío IX en el *Syllabus*, condenándolas, las siguientes proposiciones: XXX. La inmunidad de la Iglesia y de las personas eclesiásticas trae su origen del derecho civil. — XXXI. El fuero eclesiástico en las causas temporales de los clérigos, ahora sean éstas civiles, ahora criminales, debe ser completamente abolido aun sin necesidad de consultar a la Sede Apostólica, y a pesar de sus reclamaciones.

(7) ROHRBACHER: *Histoire Universelle de l'Eglise Catholique*, t. XVI, página 91.

A todos estos acontecimientos vino a añadirse uno nuevo cuando el 5 de agosto del mismo año falleció el ministro de Comercio de Cerdeña, Santa Rosa, al cual le fueron rehusados los Santos Sacramentos por orden del Arzobispo de Turín al negarse a retractar su consentimiento dado a la *Ley Siccardi*.

Inmediatamente fué declarado en secuestro el convento de los Servitas de Turín, por haber obedecido a monseñor Fransoni, expulsados sus religiosos y trasladados a otra parte. Al Arzobispo se le arrancó a mano armada de su iglesia y se le encerró en un castillo. Y, denunciadas ante el Tribunal de apelación de Turín unas instrucciones nuevas publicadas por este Prelado en que, por mandato del Papa, daba normas que sirvieran de regla a las conciencias, unido esto a la cuestión de la administración de los sacramentos, fué declarado el 25 de septiembre su destierro del reino de Cerdeña y el secuestro de todos sus bienes.

No fué éste el único prelado en quien se llevaron a cabo tales medidas, pues algo parecido se decretó el 21 de aquel mismo mes de septiembre contra el Arzobispo de Cagliari por el Tribunal de apelación de Cerdeña, «a quien se le imputó el crimen de haber declarado en términos generales y sin nombrar a nadie, que habían incurrido en las censuras eclesiásticas *ipso facto* los que, violando la inmunidad de la casa episcopal, se habían atrevido a penetrar a la fuerza en una parte de los archivos episcopales.» (8)

El día 1.º de noviembre de 1850 se celebró un Consistorio secreto en el que Su Santidad Pío IX pronunció la Alocución «In Consistoriale oratione», en la que, además de mencionar las repetidas violaciones de los derechos de la Iglesia, expuso los caracteres del Concordato estipulado con el reino de Cerdeña y los distintos intentos que hubo con posterioridad por parte del Piemonte de entrar en relación con la Santa Sede. Queremos reproducir este fragmento por considerarlo de singular importancia. En él vemos qué es lo que pudiéramos llamar *statu quo* de las relaciones entre aquel reino y la Silla Apostólica, y, además, el reconocimiento tácito por aquellos gobernantes de la necesidad jurídica de tratar aquellos asuntos con Roma, reconocimiento que es el móvil de los diversos intentos mencionados: «Conocéis, Venerables Hermanos, el solemne Concordato celebrado el 27 de marzo de 1841 entre los comisionados por la Santa Sede y el Rey, que sin tardanza ratificaron y confirmaron Gregorio XVI, nuestro predecesor de veneranda memoria, y Carlos Alberto, de feliz memoria, Rey de Cerdeña; sabéis que este Concordato se encaminaba en un todo a que las inmunidades de la Iglesia, en vigor en este reino desde tiempo inmemorial por la autoridad de los sagrados cánones, las cuales, en virtud de tratados estipulados en épocas más recientes y por la benignidad de los Supremos Pontífices, se habían en alguna parte relajado, se contuvieran en nuevos y mucho más estrechos límites. No faltaron quienes en las provincias del Piemonte se admiraran de la indulgencia de nuestro predecesor como de una concesión demasiado amplia, y el mismo Gobierno real se abstuvo también algunos años de introducir en Cerdeña las leyes de este Concordato. Sin embargo, el mismo Gobierno nos pidió el año de 1848 un nuevo Concordato, y el día 14 de septiembre de este año el comisionado regio remitió al comisionado por Nos, cartas en las cuales le proponía una fórmula de este mismo Concordato, dividida en pocos artículos, a los cuales precedería un preámbulo de no escasa importancia. Fácilmente vió nuestro comisionado que aquella demanda no podía ser admitida ni en la extensión ni en los términos en que era explicada; aun más, que en aquella demanda no se trataba de nada que hubiera de pactarse recíprocamente, toda vez que el Gobierno no parecía contraer la más ligera obligación respecto de la Iglesia. En tal concepto nuestro comisionado propuso nuevos artículos, más conformes en lo posible a los votos del Gobierno, a los cuales añadió otros relativos a que la Iglesia, a punto de perder casi toda inmunidad civil, compensara al menos esta pérdida con un ejercicio más libre en el resto de su autoridad. El comisionado regio respondió entonces que pediría nuevas instrucciones a su Gobierno para responder plenamente a lo que se le proponía. Ignoramos si aquellas instrucciones

(8) De la Alocución «In Consistoriale oratione».

llegaron nunca a Roma; pero nos es permitido conjeturar que el Gobierno real aplazó el asunto a causa de las notorias calamidades que afligieron a casi toda la Italia y que a Nos mismo obligaron a salir de todos nuestros Estados. Después, cuando las cosas estuvieron tranquilas, mientras cerca de Nápoles esperábamos el tiempo oportuno para tornar a Roma, nos fué enviado otro comisionado extraordinario, encargado entre otras cosas de reanudar el arreglo interrumpido del Concordato. Sin embargo, después de haber tratado de otros negocios declaró que había sido llamado por el Gobierno real y partió sin haber empezado siquiera el asunto. (9) En tal concepto nos fué permitido suponer que a los reales Ministros habría parecido más oportuno que aquel arreglo se aplazara para un tiempo más oportuno, esto es, cuando Nos hubiéramos vuelto a Roma.»

Más adelante: «Ultimamente, como sabéis, nos fué enviado por el Gobierno del Piamonte uno de sus principales personajes, a fin de abrir negociaciones para el arreglo de los asuntos eclesiásticos con la Santa Sede. Sin embargo, no pudimos jamás admitirle a presentar las credenciales de su misión en la forma solemne acostumbrada. Pues este enviado, ya cuando privadamente se acercó a Nos, ya en las conversaciones que una y otra vez ha tenido con el Cardenal, nuestro Pro-Secretario de Estado, ha hablado

(9) Este comisionado lo es ya del Gobierno de Víctor Manuel II y, teniendo en cuenta que el Papa partió de Portici el 4 de abril, es de suponer que el enviado piamontés estuvo en aquella ciudad cuando la ley contra las inmunidades estaba en visperas de ser presentada por el Gobierno. Su rápido regreso lo atribuimos al convencimiento a que llegaría el comisionado de la inutilidad de intentar hacer transigir a Pío IX con la política del reino de Cerdeña.

de la sobredicha ley, relativa a las inmunidades, en términos de defender que la autoridad seglar ha estado en su derecho al promulgar esta ley contra las disposiciones canónicas y contra la fe de las convenciones estipuladas con esta Silla Apostólica. De aquí es que echaba la culpa de lo acontecido al clero y a los Prelados sagrados, y especialmente a nuestro Venerable Hermano el Arzobispo de Turín, encerrado entonces en una rigurosa prisión por su constancia en cumplir sus deberes pastorales. El se quejaba fuertemente de este esclarecidísimo Prelado como de un hombre poco cuidadoso de la tranquilidad pública, y por lo tanto declaraba que el Gobierno del Rey le había encargado principalmente que nos indujera a trasladar dicho Prelado a otras funciones fuera del reino. Después de esto no hay necesidad de entrar en otros detalles sobre las tentativas subsiguientes, vanamente practicadas entre él y dicho Cardenal, para encontrar algún camino al arreglo de las cosas.» (10)

Víctor Manuel II veíase violentado entre lo que los derechos de la Iglesia exigían de él como Monarca católico y la política seguida por su Gobierno. En el discurso de la Corona, al inaugurar la cuarta legislatura, se ve claramente esto: «En nuestra conducta y en nuestras negociaciones —dijo el Rey— hemos guardado siempre hacia la Santa Sede el respeto que todos deben al sucesor del Príncipe de los Apóstoles, pero sin embargo hemos conservado intacta la independencia de nuestro poder legislativo.» (*)

Fernando Murillo

(10) Este nuevo intento se efectuaba en los días en que se llevaban a cumplimiento las sentencias mencionadas contra los Arzobispos de Turín y de Cagliari.

(*) Vid. los documentos pontificios que siguen a continuación.

« Atentados abominables contra la Iglesia »

PÍO IX. - Documentos pontificios. - 1850-1859

«**Si semper antea**». 20 mayo 1850

«**In Consistoriali Orationi**». 1 noviembre 1850

«**Ad Apostolicae Sedis**». 22 agosto 1851

Lettera di S. S. Pío IX a S. M. Vittorio Emmanuele. 19 septbre. 1852

«**Probe meminertis**». 22 enero 1855

«**Cum saepae**». 26 julio 1855

Encarnizada e inexorable guerra a la Iglesia...

Vuelto a Roma, después del destierro de Gaeta, S. S. Pío IX pronunció esta Alocución en la que da gracias al Cielo por haberle permitido este retorno y agradece, a los príncipes y naciones que le ayudaron, su fidelidad. (1)

Pero otras nubes cubrían el horizonte de nuevo, obligándole a añadir:

«Mas cuando gozábamos de este consuelo nos sobrevino otro amarguísimo dolor, que en gran manera nos angustia y oprime, al ver de qué modo las cosas de nuestra santísima religión son tratadas en otro reino católico, y conculcados los derechos sagrados de la Iglesia y de esta Santa Sede. Bien comprendéis, Venerables Hermanos, que hablamos aquí del reino del Piamonte, donde, como todos saben por noticias particulares y cartas públicas, se ha promulgado una ley contraria a los derechos de la Iglesia y a las solemnes convenciones estipuladas con esta Santa Sede, y donde en estos mismos días, con sumo sentimiento de

nuestra alma, nuestro esclarecidísimo y Venerable Hermano Luis Fransoni, Prelado de Turín, ha sido lanzado a mano armada de su Silla Episcopal y conducido a una fortaleza, con harto dolor de la ciudad de Turín y de todos los buenos de aquel reino. En tal concepto, Nos, como lo exigía la gravedad del asunto y el deber de nuestro cargo en defensa de los derechos de la Iglesia, sin detención alguna reclamamos al punto ante aquel Gobierno, por medio de nuestro Cardenal Secretario de Estado, primero contra la mencionada ley y después contra la injuria y violencia ejercida sobre aquel ilustre Prelado...»

En aquellos momentos, evidentemente de júbilo para Pío IX y los romanos, esta amargura que refleja lo transcrito no puede en ningún modo atribuirse a meras disputas políticas, sino que, conociendo el bondadoso carácter del Pontífice, debemos atribuirlo a causas mucho más serias, que si merecen la censura papal es por atentar a los intereses «de nuestra santísima religión» como hemos leído. Por otra parte, el juicio que merecen estos atropellos contra la Iglesia nos lo da el mismo Pío IX cuando en la citada Alocución y hablando en general de las circunstancias de entonces, dice:

(1) Cfr. CRISTIANIDAD, núm. 64.

«... En cumplimiento de nuestro apostólico ministerio, no podemos dejar de hablaros de las cosas que agitan profundamente nuestro corazón, le angustian y oprimen. Sabéis pues, V. H., la encarnizada e inexorable guerra, suscitada entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error, entre el vicio y la virtud, entre Belial y Cristo, y no ignoráis los nefandos artificios y maquinaciones con que los enemigos se esfuerzan en atacar y echar por tierra las cosas de nuestra santísima religión, arrancar de raíz el germen de todas las virtudes cristianas, propagar por todas partes la impía y desenfrenada licencia de opinar y de vivir, inficionar y corromper los corazones y los entendimientos de la inexperta juventud con todo linaje de perversos y perniciosos errores, y si posible fuera acabar con todos los derechos divinos y humanos, destruir hasta los cimientos la Iglesia católica y arruinar esta Santa Cátedra de Pedro. Y no hay quien no vea los muchos males y daños con que, no sin gran dolor de nuestra alma, es afligido y destrozado por el poder de las tinieblas el redil de Cristo que nos ha sido confiado...»

«Si semper antea»

La voz de alarma es grave y el mal debe ser muy hondo. No se trata de luchas de pasión sino, lo que es mucho peor, de principios: «entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error, entre el vicio y la virtud, entre Belial y Cristo». Un aspecto de la lucha secular con el poder de las tinieblas, que modernamente, y para desgracia nuestra, se le concede tanto menos poder cuanto más envueltos estamos en sus tinieblas.

Veamos ahora, con pruebas documentales, cómo en el movimiento piamentés pro unidad italiana se esconde esta Antiiglesia satánica.

... Por medio de injurias y decretos

«En la Alocución Consistorial que en el día 20 de mayo de este año os dirigimos, no dejamos de recordaros en breves palabras, V. H., y de lamentar con vosotros las cosas que poco a poco se han hecho y decretado contra el derecho de la Iglesia en los Estados de nuestro muy querido Hijo el Rey de Cerdeña, indicándoos al mismo tiempo que pensábamos hablaros de esto en ocasión oportuna. Nos, albergábamos la esperanza de que se remediarían algún tanto las injurias que allí se habían hecho a la Iglesia y que podríamos daros cuenta de esto. Pero habiendo estado muy lejos de corresponder el resultado a nuestros deseos, creemos de nuestro deber, al exponer de nuevo la conducta que desde el principio en este asunto hemos seguido, quejarnos y reclamar más gravemente contra todo lo que tanto en el continente como en las posesiones marítimas se ha hecho o decretado en el sobredicho país contra la Iglesia.»

«In Consistoriali Orationi»

Se refiere al Concordato celebrado en 1841 entre Gregorio XVI y Carlos Alberto y a los intentos, siempre frustrados, de celebración de un nuevo Concordato.

Continúa refiriéndose a las leyes con que abolieron la inmunidad de los clérigos y de la Iglesia y a la atribución de los tribunales seculares en las causas concernientes al nombramiento de beneficios eclesiásticos.

Insiste en la protesta por el encausamiento y prisión de los Arzobispos de Sássari y Turín, «no por otra causa—dice—que por haber dado a los párrocos, en cumplimiento de su deber, instrucciones relativas al modo de conducirse con la nueva ley, salvar su conciencia y la de sus ovejas temerosas de Dios». (2)

También habla de la «funestísima ley que sabemos haber sido publicada el 4 de octubre de 1848, relativamente

a la instrucción y escuelas públicas de estudios mayores y menores».

Letras Apostólicas condenando y prohibiendo las obras «Juris Ecclesiastici Institutiones» y «In jus Ecclesiasticum universum tractationes» del profesor turinés Nuytz.

Representa otro episodio de la lucha entre la Santa Sede y el Piamonte. Mientras se propagaba la inmoralidad y las injurias contra la Iglesia, se sustraía a los Obispos la vigilancia sobre las Universidades. Los Obispos prohibieron a los seminaristas asistir a los cursos universitarios y el Gobierno declaró que sólo daría los beneficios a los sacerdotes con grado de la Universidad gubernamental.

En dichas obras del profesor Nuytz podemos encontrar las doctrinas, por lo menos, de las proposiciones 24 y 25, 34 a 38, 41 y 42, 65 a 75, del Syllabus, condenadas 13 años después.

«Ad Apostolicae Sedis»

Magnífica exposición del dogma católico sobre el Sacramento del Matrimonio ante el proyecto de ley sobre matrimonio civil.

Lettera di S. S. Pio IX a S. M. Vittorio Emanuele

Reprobamos, condenamos y declaramos nulos tales decretos

El ministro Ratazzi—muerto como masón el 5 de junio de 1873—presentó el 28 de noviembre de 1854 un proyecto de ley para abolir las congregaciones, excepto las dedicadas a la educación, predicación y asistencia de enfermos, que expresamente se nombraran. Abolía las Colegiatas excepto algunas más importantes y los beneficios eclesiásticos sin obligaciones personales. Los bienes pasaban a la tutela del Estado. La ley fué aprobada por 116 votos contra 36 en el Congreso y por 53 contra 42 en el Senado. Leamos la condenación firme de Pio IX, llena no obstante de paternal solicitud:

«Fáltannos ciertamente palabras para explicar la amargura que profundamente Nos atormenta al ver los atentados casi increíbles y de todo punto abominables cometidos y que cada día se cometen contra la Iglesia y sus venerandos derechos, contra la suprema e inviolable autoridad de esta Santa Sede, en aquel reino donde tantísimos católicos esclarecidos existen, y donde la piedad y religiosidad principalmente de los Reyes y el respeto a esta Cátedra del Bienaventurado Pedro y de sus sucesores, estaban en su auge y florecían de una manera ejemplar en otro tiempo. Pero habiendo llegado las cosas a tal extremo que no basta deplorar los daños causados a la Iglesia, sino que es necesario emplear todo empeño y solicitud en destruirlos, he aquí por qué, cumpliendo con los deberes de nuestro ministerio, levantamos de nuevo nuestra voz con libertad apostólica ante esta augusta asamblea, y reprobamos, condenamos y declaramos nulos de todo punto todos y cada uno de los decretos expedidos por aquel Gobierno en daño de la Religión, de la Iglesia, de los derechos y autoridad de esta Santa Sede. Amonestamos además en gran manera no sólo a todos aquellos en cuyo nombre, por cuya obra y mandato dichos decretos se han publicado, sino también a aquellos que no han temido favorecer de cualquier modo que sea la ley propuesta, aprobarla o sancionarla, que mediten una y otra vez las penas y censuras establecidas por las Constituciones Apostólicas, los Cánones de los Sagrados Concilios, especialmente el Tridentino, contra los que roban y profanan las cosas sagradas, los que violan la potestad eclesiástica y los que usurpan los derechos de la Iglesia y de esta Santa Sede. ¡Ojalá que los autores de tantos males, conmovidos y excitados por estas palabras y exhortaciones Nuestras, cesaran alguna vez en tantos atentados contra la inmunidad y libertad eclesiástica y se apresuraran a reparar los innumerables daños causados a la

(2) Hubo en el mundo católico grandes protestas, y Francia, por iniciativa de Veuillot, ofreció al Arzobispo de Turín el pectoral de Mons. Affre.

Iglesia, apartando así de Nos la durísima necesidad de hacer uso contra ellos de las armas que por ministerio divino nos fueron concedidas!»

«Probe meminertis»

El castigo a los hijos degenerados y contumaces de la Iglesia

Sólo han transcurrido seis meses de la Alocución anterior y Pío IX se ve obligado a pronunciar:

«Con dolor lo decimos; no sólo no prestó oídos el Gobierno de Cerdeña a las instancias de sus Obispos ni a nuestras palabras, sino que también causando las más graves injurias a la Iglesia, a nuestra autoridad, y la de esta Santa Sede, despreciando también de todo punto nuestras muchas protestas y paternales advertencias, no se ha arreado de aprobar, sancionar y promulgar esta misma ley, modificada, es cierto, en cuanto a los términos y en la apariencia, pero semejante en un todo en la realidad, en el fin y en el espíritu. Muy doloroso y molesto nos es por cierto, V. H., tener que apartarnos de aquella mansedumbre y lenidad que de la naturaleza misma hemos recibido, representamos y del eterno Príncipe de los Pastores hemos aprendido, y que con decisión constante siempre con harto gusto hemos ejercitado, y lo que en gran manera repugna a nuestro paternal corazón, haber de revestirnos de severidad. No obstante, al ver que de nada ha servido todo el cuidado, solicitud, longanimidad y paciencia empleadas por Nos de más de seis años a esta parte en reparar las ruinas allí causadas a la Iglesia, y que ninguna esperanza se vislumbra de que los autores de tantos atentados quieran prestar dóciles oídos a las exhortaciones, toda vez que despreciando absolutamente nuestras advertencias no cesan de acumular injurias sobre injurias y hacer el último esfuerzo para oprimir y acabar de raíz con la Iglesia en el reino de Cerdeña, con su potestad, derechos y libertad, nos vemos precisados a hacer uso de la severidad eclesiástica, no parezca que faltamos a nuestro deber y que abandonamos la causa de la Iglesia. En este modo de proceder, como sabéis muy bien, seguimos los ilustres ejemplos de tantos Romanos Pontífices antecesores nuestros que siendo insignes por su santidad y ciencia, no vacilaron en castigar a los hijos degenerados y contumaces de la Iglesia y a los pertinaces violadores y usurpadores de sus derechos, con las penas que contra semejantes crímenes los sagrados Cánones establecen.

»Por lo cual, ante esta vuestra augusta asamblea levantamos de nuevo nuestra apostólica voz y de nuevo reprobamos, condenamos y declaramos enteramente nulos y de ningún valor tanto la mencionada ley como todos y cada uno de aquellos hechos y decretos publicados por el Gobierno sardo en daño de la Religión, de la Iglesia, de nuestros derechos y autoridad y de la de esta Santa Sede, de

lo cual hicimos dolorosamente mención tanto en nuestra Alocución pronunciada el día 22 de enero del corriente año, como en la presente. Además, con increíble sentimiento de nuestra alma, nos vemos precisados a declarar que todos los que en el reino de Cerdeña no han temido proponer, aprobar y sancionar los sobredichos decretos y ley contra los derechos de la Iglesia y de esta Santa Sede, así como también los que los han mandado, favorecido, aconsejado, consentido y puesto en ejecución, han incurrido en excomunión mayor y en las demás censuras y penas eclesiásticas prescritas por los Sagrados Cánones, Constituciones Apostólicas, Concilios generales y en particular por el de Trento. Pero aunque en la necesidad inevitable de cumplir con nuestro deber empleemos la severidad apostólica, sin embargo bien sabemos y nos acordamos que, siquiera no lo merezcamos, hacemos las veces en la tierra de Aquél que estando airado se acuerda de su misericordia. Por lo cual, levantando nuestros ojos a Dios, no dejamos de pedirle humilde y fervorosamente que ilustre con la luz de su gracia a los hijos descastados de su Santa Iglesia, de cualquier orden, grado y condición, legos o clérigos, revestidos también del carácter sagrado, cuyos extravíos nunca bastantemente podrán llorarse, y se digne reducirlos a más sano juicio, no habiendo para Nos nada más grato, nada más de desear, nada más placentero que se arrepientan los que van extraviados y que tornen dentro de sí mismos.»

«Cum saepe»

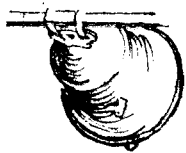
Cavour respondió dando mayor libertad a los periódicos mazzinianos para atacar la religión y persiguiendo a los Obispos y escritores católicos. Fueron procesados los sacerdotes que negaban la absolución, bautizo o sepultura eclesiástica a los incursos en excomunión por las leyes aprobadas. Cavour declaró que concentraba sus esfuerzos contra el clero y para hacer indiferente al pueblo, a fin de poder realizar sus planes contra el Papa. (4)

Llegamos con esto al principio de las hostilidades, cuando en 1859, al amparo de la guerra de Francia y Piemonte contra Austria, las Legaciones expulsaron a los legados pontificios, ocupándolas Víctor Manuel.

A propósito interrumpimos aquí esta narración documental para continuarla en números próximos en que se trate con detalle de las guerras contra los Estados Pontificios que culminaron en la ocupación de Roma en 1870. Además, de este modo, nuestra argumentación creemos gana en fuerza probatoria al prescindir por el momento de los tiempos en que estando la guerra ya declarada, el estado pasional de los italianos de ambos bandos quedaba exacerbado por los hechos de armas. No; en el periodo que hemos reseguído no queda la excusa de la guerra nacional para justificar ni disculpar una actitud que, si no negamos se apoyaba en un anhelo político real de unidad nacional, con todo trasciende a un terreno de persecución sectaria anticatólica con que el Papa no podía pactar, ni la Iglesia tolerar, sin abdicar de sus principios.

S. M.

(4) Cfr. PELCZAR: *Pío IX e il suo Pontificato*, vol. II.



PIO XII
Mensaje de Navidad
1946



A profunda postración en que la horrible guerra ha sumido a la humanidad exige imperiosamente ser superada y curada por medio de una paz moralmente elevada e incensurable, que enseñe a las futuras generaciones a desterrar todo espíritu de violencia brutal y a dar de nuevo a la idea del Derecho la primacía que inicualemente le había sido arrebatada.

Con Cristo y con la Iglesia

«... como una señal a quien se hará contradicción.»

Más de una vez, desde estas páginas, se nos ha representado en el correr de las efemérides de mediados del pasado siglo, por entre aquel ambiente, recargado en demasía de ideas revolucionarias de todo jaez, la figura veneranda del gran Papa Pío IX con los brazos abiertos y su blanca sotana, goteando sangre, que sería sin duda de aquella Europa doliente y deshecha, que con las manos suplicantes—como el enfermo del Evangelio—buscaba la sombra divina del apóstol Pedro.

¡También la humanidad maltrecha y pecadora manchó de sangre el Cuerpo purísimo del Cordero Inmaculado allá en el Gólgota!

No tiene que ser menos la Esposa que el Esposo, *El la amó, y se entregó a sí mismo por ella* (Eph. V, 25), y en aquella noche que lo fué también de arrullos de amor, le dijo: «*Esto os he dicho para que no os escandalicéis, os echarán de las sinagogas: más aún, viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará que hace servicio a Dios. Y os harán esto, porque no conocieron ni al Padre ni a mí. Mas esto os he dicho, para que cuando viniere la hora, os acordéis de lo que yo ya os dije.*» (Jo. XVI, 1-4.)

La Iglesia no ignora que su lecho es el de la Cruz, ni la Silla de Pedro olvida que será zarandeada como el trigo, y que las puertas del infierno arremeterán contra ella. Y sin embargo, abraza al Esposo, porque sabe que la Cruz es también cátedra de Amor, de Luz y de Vida, y Pedro sabe que es Roca muy firme contra la cual se estrellarán todas las tempestades. Eso sí, ya que a Cristo y a su Esposa no se les puede vencer, por eso se les insulta. La misma Verdad abre un día su boca, y se le responde: «Ha blasfemado, reo es de muerte». Nada se quiere saber con El, es un impostor. «Antes que Cristo, caiga mil veces su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos...» Y se sucederán las generaciones y los enemigos de Cristo, frutos de maldición, huirán de la Cruz, como las densas tinieblas huyen del lucero matutino. Para unos será señal de salvación, de luz, para otros, de ruina y perdición. Nos lo va a recordar la sagrada Liturgia con aquellas palabras del santo anciano Simeón: *He aquí que éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y como una señal a quien se hará contradicción.* «Luc. II, 34.)

* * *

Ayer

Para ninguno de nuestros cultos lectores es desconocido que el reinado de Pío IX fué repleto de turbulencias, lo fué de insultos con palabras y hechos, de blasfemias públicas, de errores los más tenebrosos, de intrigas y revueltas contra la Sagrada Persona del Papa, contra el Papado. Indudablemente recuerdan también lo que escribía nuestra prensa de aquellos aciagos días: «Pío IX muestra a la Italia y al mundo el semblante manso y apacible de la libertad católica, inflamada con los rayos de la caridad divina, y está seguro de ver rendidos a sus pies a todos los hombres de buena voluntad y de limpios pensamientos». Ante este semblante caían las armas que querían ser nobles, así no se le puede vencer al Papa. Por eso no queda otro recurso a los malos que el del insulto y el de la blasfemia, y si es preciso, aun después de muerto, como nos lo narran los anales funerarios de Roma. Efectivamente, cuando fueron trasladados los augustos restos mortales de Pío IX desde

el Vaticano a la Basilica de San Lorenzo extramuros, donde debían hallar definitivo reposo (1881), una turba de salvajes revolucionarios arremetió contra la fúnebre comitiva apedreando bárbaramente el féretro y acompañantes e insultando con gritos, blasfemias, palabras obscenas y mueras a lo más santo y sagrado.

El enemigo no perdonaba ocasión para amargar los ruidosos éxitos de León XIII en todos los asuntos que intervenía. Porque en definitiva, el blanco es Cristo y su Iglesia en el tálamo nupcial de la Cruz.

Y si Ella para los judíos era escándalo y para los gentiles una locura, y fué para los llamados Virtud y Sabiduría de Dios, ¿cómo no habían de salir rayos de esta Luz en el Vaticano de Pío IX? ¿Cómo no habían de brillar las arras de su desposorio? Verdaderamente, en tiempos de Pío IX va agigantándose cada vez más, perdurando hasta nuestros días, la institución divina del Papado. Como la figura del héroe se agranda con la magnitud de la lucha, mejor dicho, como Cristo pendiente en la Cruz todo lo atrae hacia su Corazón Sacratísimo, no pudiendo menos de exclamar el Centurión: Este era verdaderamente el Hijo de Dios, asimismo la cúpula de San Pedro iluminará, con más potencia si cabe, a todo el orbe, y todos los hombres oirán resonar la voz del Espíritu Santo en aquellas «Constitutio Dogmatica de Fide Catholica» (24 de abril de 1870) y la «Constitutio Dogmatica I de Ecclesia Christi» (18 de julio de 1870), donde reverbera como nunca la institución divina del Primado de Pedro, de su perpetuidad en el Obispado de Roma, sus propiedades e importancia, y la infalibilidad del Papa.

Naturalmente que si el demonio huye de la Cruz, debían huir de la mirada del Vaticano toda aquella caterva de errores de la época; el panteísmo, el materialismo, el racionalismo, el galicanismo, los pseudofilósofos y pseudo-teólogos, el socialismo, el comunismo, en una palabra, los partos monstruosos del liberalismo, desenmascarados ya en el Syllabus.

Ubérrimos fueron los frutos de aquella Cruz con la cual se desposó Pío IX. ¡Qué dicha para España poder actuar de Cireneo! Muy bien se lo pagó el Señor dejándole tener parte en la cosecha. Interminable haríamos este *ayer*, si estudiáramos aquella pléyade de escritores y oradores nuestros, seglares, sacerdotes y religiosos, que siguiendo las huellas del Maestro Pío IX, como el Discípulo amado a su Jesús, y fijas las miradas en el Vaticano, con voz sonora y viril dijeron a todo el mundo que la España auténtica estaba con el Papa: con Cristo y con su Iglesia. Oigamos —en conclusión— el testimonio de uno de ellos, el primero que ahora tenemos a mano: «La historia de Europa es la historia de la civilización; la historia de la civilización es la historia del cristianismo; la historia del cristianismo es la historia de la Iglesia Católica; la historia de la Iglesia Católica es la historia del Pontificado; la historia del Pontificado es la historia de aquellos hombres, enviados por Dios para resolver en su día y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales en provecho de la humanidad, y en el sentido de sus designios y de su Providencia. Pío IX, el predestinado, el grande, es uno de esos Pontífices santos y de esos hombres augustos que vienen a dar una solución pacífica a todas las grandes cuestiones que han ido atesorando los siglos y que han legado a la nuestra todas las edades pasadas». (1)

(1) DONOSO CORTÉS: *Obras completas*, t. II, pág. 82. Bibl. Aut. Cristianos, 1946.

Hoy

En estas consideraciones andábamos a raíz de dos fechas que nos recordaban las de las dos primeras sesiones públicas del Concilio Vaticano (8 de diciembre de 1869 y 6 de enero de 1870), que ocuparon el tiempo en las solemnidades religiosas, cuando nos llegó de Roma como el ruido de un fragor de combate en las mismas puertas de la Casa del no menos grande Papa Pío XII. Las crónicas que de allá nos mandan nuestros hermanos han sonado como la voz del centinela: Alerta, españoles; se ataca al Papa. Palabras infames, letra soez, blasfemia e impía, tienen como blanco el corazón del Papa, mejor diríamos, del Papado. Porque no nos parece descabellado lo que apunta el señor C. Delgado Olivares: ¿Es casual la aparición de tal campaña en exclusivo desprestigio del clero? Siempre es buena ocasión para un comunismo ese desprestigio, pero, según informaciones, hay que pensar que actualmente se inicia allí un vasto ataque para perturbar el Tratado de Letrán, para revocarlo e incluso para suprimir el Estado y el territorio del Vaticano. Los tres periódicos anticlericales tienen en medio de sus sátiras mordaces un objetivo principal: el fascismo del clero. Reprochan aquellos libelos a la Santa Sede de haber concluido con Mussolini el Tratado de Letrán que crearon el Estado del Vaticano con su territorio independiente. «Ese tratado—escribe «Don Basilio»—fué creado cuando el pueblo estaba amordazado» (2).

No es desconocido para nosotros el enemigo. Conocemos sus armas y ellas nos señalan la madriguera donde se guarece el muy taimado.

En cambio, «una mañana—nos dice otra crónica desde Roma—aparecieron en todas las esquinas de esta ciudad unos pasquines en los que figuraba el Papa entre la multitud con los brazos abiertos y su blanca sotana goteando sangre. En ella sola inscripción: la fecha de un bombardeo y esas pocas palabras: eso hizo el Papa, y ahora se le insulta». (3)

¡Qué afortunada fué la idea del que planeó el estudio del reinado de Pío IX en estas columnas! La Inmaculada ayer; hoy la Asunción. Ayer un amor más que grande de Pío IX para su Italia, y se le insultó aun después de muerto; hoy las cicatrices de Roma llevan aún las vendas y el bálsamo de la caridad de su gran amante y libertador Pío XII, y en este mismo día se le insulta. Sin embargo, ni una palabra de hiel, y si de perdón para los enemigos sale de la Logia de las Bendiciones: «Cristo será mi Juez, ¿por qué pues temer los juicios y críticas de los hombres? (4)

Precisamente acabábamos de leer en Donoso Cortés: «Tales son los graves obstáculos, las gravísimas complicaciones con que lucha heroica y hasta ahora dichosamente el hombre agosto (Pío IX) y el Pontífice santo que hoy gobierna a la cristiandad, y a quien rinden humilde culto

de admiración los príncipes y las gentes; su deber es combatir, y combate; el nuestro es combatir a su lado sin contar los enemigos. Sólo a Dios toca después repartir con mano justiciera el vencimiento y la victoria» (5).

Nuestro deber es combatir a su lado sin contar los enemigos. ¡Qué a propósito nos vienen estas palabras a los españoles de ahora! Contra el agravio el desagravio, contra el insulto y la blasfemia, nuestra formal protesta y nuestro más encendido homenaje. Y lo será sin duda si vamos tras sus huellas, estudiando a fondo su doctrina, practicándola en la medida de nuestras posibilidades, contribuyendo a que todos *sientan con la Iglesia* a la manera que nos dice San Ignacio. Es así como de los desposorios de Pío XII con la Cruz, España tendrá buena parte en la cosecha de sus frutos, y si un día la llamó Dios para hacer de Cireneo en la Cruzada de Caridad, no han de faltar ahora en todos sus campos los discípulos predilectos que canten la augusta divinidad de aquella Persona, vestida de blanca sotana, que gotea sangre... Nuestro grito hasta enronquecer es hoy como en tiempos de Pío IX, como siempre: Con Cristo y con la Iglesia.

«No, nosotros—escribía Vázquez de Mella—no tenemos derecho a temblar y a sorprendernos en desventura, y no lo tenemos porque no se concibe una Iglesia perpetuamente victoriosa en la tierra. ¿Creéis vosotros que una Iglesia que fuese siempre sobre alfombras de laurel y de palmas, hollando cetros, teniendo rendidos a sus plantas a todos los poderosos, cubriendo al mundo con la majestad de su grandeza y de su manto, sería la imagen de la Iglesia Católica? ¡Ah! podría ser la imagen de aquel Cristo carnal que concebían como conquistador los judíos, podría ser como un reflejo de la omnipotencia que con su majestad nos avasallase y rindiese; pero no del amor que se asocia al dolor humano, y lo perfuma con su ternura, y participa de las amarguras y de las lágrimas con que gravita y circula por todos los corazones. La Iglesia no reflejaría a Cristo si sólo fuese victoriosa y triunfante por el mundo: «Iréis como corderos en medio de lobos, os perseguirán en mi nombre». El lo dijo, y no le reflejaría si no caminase como El por la calle de la Amargura, y no fuese lacerada, oprimida, vejada, azotada ante los Poderes públicos, y clavada, y escarnecida, y coronada de espinas, y bebiendo hiel y vinagre, para que llegando el momento supremo, y cuando la impiedad cantase su triunfo, y se rasgase el velo del templo, y temblara la naturaleza, sobre el sepulcro, guardado por los enemigos satisfechos, se levantase resplandeciente y llena de vida como su divino Fundador». (6)

Al Papa, nuestro mayor respeto, amor y obediencia. (7)

Martirián Brunso, Pbro.

Gerona, Fiesta de la Epifanía. Año del Señor, 1947.

(5) O. c., t. II, pág. 109.

(6) Obras completas, edic. econ., t. I, pág. 85. 1935.

(7) Cf. «Ecclesia» en los últimos números, artículos que hacen referencia a la edición monumental «Discursos y radiomensajes de Su Santidad Pío XII», t. I, fechas anteriores al 21 de diciembre de 1946.

(2) «El Correo Catalán», 3 de enero de 1947.

(3) Id. id. id.

(4) Id. id. id.



PIO XII.
Mensaje de Navidad
1946



A táctica contra la Iglesia es siempre la misma. Hiere al pastor y serán dispersadas las ovejas (Zacarías, 13-15); siempre la misma táctica, que no cambia; siempre tan inútil como poco gloriosa; se repite acá y allá y se aventura hasta los mismos pies de la Sede de Pedro.

La Consagración de la Iglesia de Parets

Un acontecimiento social y artístico lo ha constituido hace algunos días la consagración y donación del templo románico, recientemente reconstruido, de Parets. Acontecimiento que trasciende por ser manifestación, testimonio mejor, de la continuidad de una tradición religiosa y milenaria vinculada a la Cristiandad y que no ha disminuído con los siglos, antes bien se muestra hoy, con el acto que comentamos, más pujante que nunca.

Procuraremos señalar, lo más brevemente posible, lo que de interés tenga desde el punto de vista histórico-artístico el nuevo monumento, asentado en unos cimientos que remontan al siglo x; pero antes de adentrarnos en esta descripción hemos de destacar lo descolante de esta brillante ceremonia, de significación tan ntrarcada en estos días fríos en caridad cristiana, y que nos recuerda el magnífico espíritu cristiano y social de los días de la Edad Media. Porque lo verdaderamente notable de este hecho es, precisamente, el espíritu que lo ha informado, idéntico a aquel cuya existencia nos revelan los viejos cartularios episcopales.

Para una sociedad como la actual, en que un goce ilimitado de riquezas, por un lado, ha llevado a una corrupción como nunca se había dado, en que la función social del capital ha sido anulada por completo y una concepción materialista de la existencia se ha adueñado de los corazones, haciéndolos completamente duros; y en que las condiciones difíciles de la vida han ocasionado, por otro lado, la anulación de los valores humanos, ya que exigen del individuo un verdadero especialista en la materia que le ocupa, negándole el horizonte intelectual y haciéndole perder sus miras universalistas, nada puede haber de más altruista, de mejor exponente de caridad cristiana, que el de ponerle a su disposición un nuevo templo. Por todo ello es edificante este acto que comentamos, rasgo generoso que un ilustre patricio ha realizado, digno de encomio y ejemplo, costeando de su propio peculio todo lo que una iglesia puede precisar y adornándola con los esplendores de un arte de tradición secular, revivido por el mejor de sus intérpretes, y elevándola a la categoría de obra artística.

El documento fundacional

Nuestra iglesia se remonta a los años del siglo x, exactamente, según reza el documento fundacional, «a decima nonas kalendas Novembris Era DCCCCXXXII anno Domini Nostri Jesuchristi a DCCCCIII, anno quarto regnante Karolo rege, post obitum Odonis, in dictionae primae», cuando tras la creación de la Marca Hispánica por los

francos, fuéronse repoblando los territorios comprendidos entre los Pirineos y el Ebro.

En pocas Parroquias se ha logrado conservar el rico tesoro de su pasada historia íntegramente, pero respecto a Parets debemos hacer una excepción. Dos son los documentos que se conservan: uno que nos habla del acta fundacional y se remonta, en su contenido, al siglo x. El segundo le es posterior en dos siglos.

Al incipiente templo románico del siglo x pertenece el primer documento, verdaderamente precioso tanto por la riqueza de datos con que se halla esmaltado, y que ilustra sobre la toponimia de aquellas regiones, como por darnos una visión perfecta de lo que eran aquellas clases de ceremonias cuya finalidad era la de consagrar o donar alguna nueva iglesia a la Cristiandad.

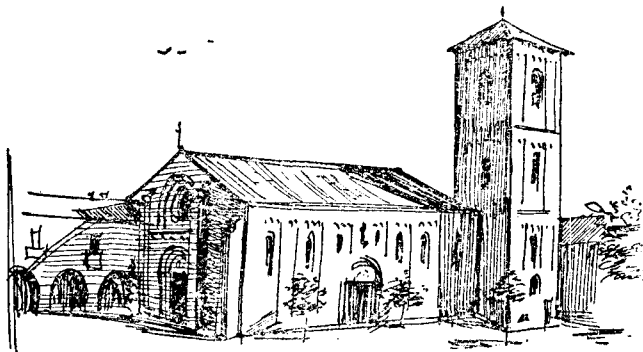
Ambos son similares, por su contenido, al documento que nos ocupa, consiguiendo darnos una visión clara de lo que eran aquellas solemnes ceremonias. Pero su principal mérito no es tan sólo la riqueza histórica de su contenido, que nos revive una sociedad milenaria, sino que consiguen transmitirnos el encanto especial de aquellas ceremonias y un halo espiritual, algo que penetra en nosotros de una manera sutil y que nos impregna con el perfume de una piedad sentida y verdadera de la que es testimonio, para nosotros, nacidos un millar de años más tarde, estos viejos documentos medievales.

Y en efecto, es ese espíritu de caridad y arraigada fe lo que más nos conmueve cuando los leemos. Y cuando hoy precisamente, a los mil años de distancia, vemos acaecer un acontecimiento idéntico, no podemos menos de valorar esta continuidad. Las situaciones son, es cierto, diferentes, pero el espíritu de dichos actos es el mismo.

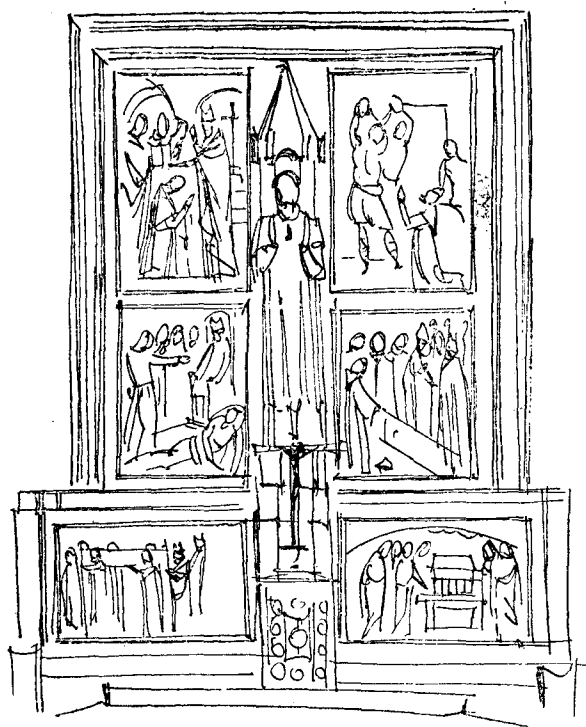
Por su interés extractaremos algunos fragmentos del citado documento. Comienza, tras una invocación a Dios, con la relación nominada de los concurrentes al acto: Eudrico, obispo de Barcelona, Pulcresindus, Sesimiro, Witiza, Gundisdo, canónigos; también los hay «fideles laicos», como Dailane, Ferrecinus, Longobardo, etc. Pasa el documento a continuación a señalar los límites de la iglesia y su situación «quae sita est Vallense, prope flumine Tenes». A continuación se citan algunas villas sometidas a su jurisdicción. Citaremos entre ellas Breda, Parietes (la actual Parets), Runculo, Santi Martini, etc. Seguidamente se habla de la dotación con que la nueva iglesia ha sido favorecida, citándose albas, casullas, estolas y abundantes dextros de tierra. Un tal Fredarius dice que «dedi ipsa Ecclesia de campos qui est prope ipso prato ipsa tertia parte». «Et ego Ferracio dono ad ipsae Ecclesiae de terra prope curte Sancti Stephani in amplitudine dexteras quator... et decima de ipso meo molino». Por lo que antecede se puede tener una idea de qué especie eran dichas donaciones y beneficios.

Finalmente, dice el documento, contra aquellos que atentaren contra la pacífica posesión por la Iglesia, de dichos bienes, «et contra hanc donationem venerit ad irrumpendum» incurrirá en la ira de Dios y será copartícipe de Judas, debiendo devolver el cuádruplo de lo hurtado. Sirven de colofón, la fecha y la firma del obispo que ha realizado la ceremonia.

Tales son las noticias que se conservan del primitivo templo del siglo x. Andando el tiempo la parroquia se hizo mucho mayor. La seguridad fué aumentando. La época más sombría de la historia política europea medieval acababa de pasar, y el segundo milenario señala un resurgimiento



Iglesia de Parets del Vallés



Altar Mayor, en alabastro policromado de la Iglesia de Parets

de la vida espiritual en todos los órdenes. A este resurgir no estuvo ausente España, y dentro de ella la región del Vallés. El antiguo templo se hizo insuficiente, fué preciso, por lo tanto, edificar uno nuevo; para ello no hacía falta otra cosa que ampliar el viejo templo románico, haciéndolo más espacioso y mejor decorado. El primitivo templo de románico incipiente fué elevándose progresivamente. Primero, característica de todo el románico temprano, apenas si se elevan del suelo, sus esculturas son pocas y pobres; simples fustes tallados y algún capitel historiado con escenas de las Escrituras. Pero poco a poco el estilo se perfecciona y el románico luce con todo su esplendor.

Cuando esto ocurre, para el templo de Parets, hemos llegado ya al siglo XIII. Antes de la nueva consagración, a lo largo de los siglos XI y XII Parets cuenta con una familia distinguida, diríamos feudal: los Vilatgir.

Durante el siglo XIII los señores de Vilatgir fueron la familia de más relieve de la parroquia y a su iniciativa se debe la construcción del nuevo templo de Parets. Así lo confirma una lápida funeraria que estaba colocada en la parte del Evangelio de la misma iglesia y que decía: «Bernart de Vilatgir qui funda la present esglesia en l'any MCC, a set del idus de jener, regnant el tercer compte de Barcelona, Pere, Bisbe per la gracie de Deu». Y más adelante, gracias a la actividad guerrera de los señores de Vilatgir en defensa de la fe, les fué concedida la sepultura en la propia iglesia. Sobre una vieja lápida se leía: «Aci jauen los antichs senyors de Vilatgir per defensar la fe catolica han seguit son Rei militant en Africa».

Al igual que en el primer documento, éste da a conocer la amplia extensión jurisdiccional de la antigua parroquia, así como de los numerosos bienes de que disfrutaba, mucho mayores que en documento anterior: «terras videlicet et vineas cum domibus et arboribus diversi generis, decimas, primitias».

La nueva iglesia había de durar hasta nuestros días, es decir, hasta 1936 en que la revolución la redujo a escombros.

En 1291 el Arzobispo de Barcelona, Bernardo Pelegrí, hizo donación de la iglesia de Parets a la abadesa del convento de Valdoncella, donación que redundaba como un beneficio honorífico y económico a dicho convento, el cual percibió, anualmente, una parte de sus rentas que pertenecían a la iglesia de Parets, rentas que hicieron efectivas hasta que las suprimieron las leyes amortizadoras del pasado siglo.

El monumento

Se trataba de un monumento típicamente románico, con planta de cruz latina con absis semicircular central y otros dos laterales, más reducidos, dedicados a San Esteban, patrono de la parroquia de San Miguel y de Nuestra Señora, los mismos que figuraban en la primitiva iglesia, pues se hace relación de algunos bienes pertenecientes a ellos. La portada era del más puro estilo románico. Constaba el templo de tres altares.

En 1459 sufrió su primera ampliación con la creación de una capilla y altar destinada a San Sebastián. Después de la batalla de Lepanto fué construido un nuevo altar, destinado a Nuestra Señora del Rosario, y a partir del siglo XVIII su número fué creciendo.

Un incendio, acaecido en 1707, determinó importantes obras de reparación y engrandecimiento.

Durante los años 1772 a 80 las obras de reconstrucción continuaron de una manera activa, aportándose cantidades cuantiosas para su embellecimiento, al punto de que el monarca Carlos III autorizará «a los regidores de la población imponer un diezmo a los frutos que se recogían en todo su territorio con destino a la reparación del templo parroquial».

En sus líneas generales el monumento permaneció incólume hasta los años de nuestra guerra civil. En 1936 sufrió su destrucción casi, diremos, total, y desde entonces su vida artística había terminado. Pero no hace muchos meses que sus obras de reconstrucción comenzaron.

El nuevo templo reaparecía más bello todavía. Era su arquitecto don Francisco Folguera, corriendo la parte escultórica a cargo del eminente escultor don Federico Marés. La reconstrucción se hizo partiendo como base del único elemento que todavía se conservaba del antiguo templo medieval: el ábside.

Su estructura lo forma una nave, con pasos laterales, sobre haces de columnas y de arcos con bóvedas por arista. Los capiteles son historiados, con escenas del Testamento Antiguo y Nuevo, desarrollados paralelamente.

Es de destacar la joya que constituye el retablo e imagen de San Esteban, labrados ambos en fino alabastro y ricamente policromados.

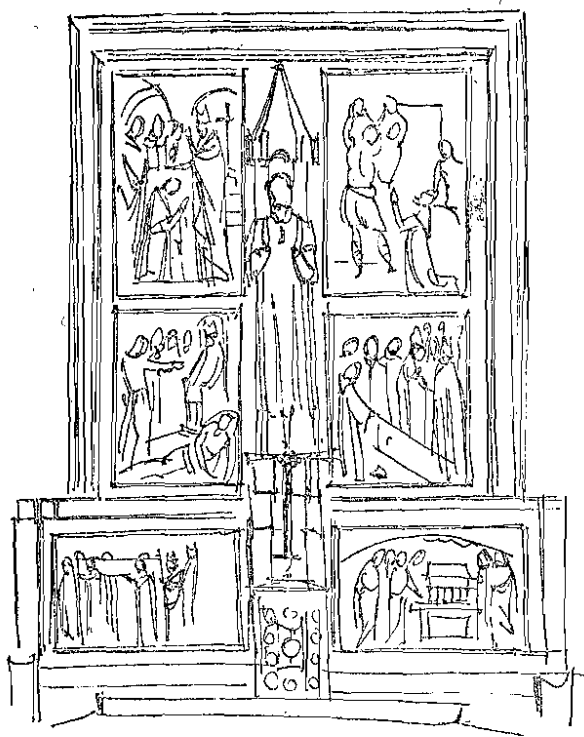
El campanario es, por la sencillez de sus líneas, inspiradas en el más puro estilo románico, uno de los múltiples detalles descolantes. En la fachada central sobresalen el tímpano, protegido por arcos, mostrando un típico elemento decorativo románico y medieval: las esculturas del Juicio Final, todo ello bellamente combinado.

En los capiteles y fajas figuran representaciones de las estaciones del año y otros elementos decorativos.

Tal es en las líneas generales los rasgos más salientes del nuevo monumento.

Estas son brevemente descritas las notas históricas que poseemos de la antigua iglesia de Parets. Diez siglos de historia que culminan con el acto solemne cuya efemérides celebramos. De nuevo la iglesia de Parets se encuentra reconstruida, brillando en su nuevo esplendor que le han procurado unos artífices competentes y gracias a la generosidad de un ilustre patricio, cuyo acto es digno de todo encomio y de ejemplo a seguir.

Luis M. Figueras



Altar Mayor, en alabastro policromado de la Iglesia de Parets

de la vida espiritual en todos los órdenes. A este resurgir no estuvo ausente España, y dentro de ella la región del Vallés. El antiguo templo se hizo insuficiente, fué preciso, por lo tanto, edificar uno nuevo; para ello no hacía falta otra cosa que ampliar el viejo templo románico, haciéndolo más espacioso y mejor decorado. El primitivo templo de románico incipiente fué elevándose progresivamente. Primero, característica de todo el románico temprano, apenas si se elevan del suelo, sus esculturas son pocas y pobres; simples fustes tallados y algún capitel historiado con escenas de las Escrituras. Pero poco a poco el estilo se perfecciona y el románico luce con todo su esplendor.

Cuando esto ocurre, para el templo de Parets, hemos llegado ya al siglo XIII. Antes de la nueva consagración, a lo largo de los siglos XI y XII Parets cuenta con una familia distinguida, diríamos feudal: los Vilatgir.

Durante el siglo XIII los señores de Vilatgir fueron la familia de más relieve de la parroquia y a su iniciativa se debe la construcción del nuevo templo de Parets. Así lo confirma una lápida funeraria que estaba colocada en la parte del Evangelio de la misma iglesia y que decía: «Bernart de Vilatgir qui funda la present esglesia en l'any MCC, a set del idus de jener, regnant el tercer compte de Barcelona, Perc, Bisbe per la gracie de Deu». Y más adelante, gracias a la actividad guerrera de los señores de Vilatgir en defensa de la fe, les fué concedida la sepultura en la propia iglesia. Sobre una vieja lápida se leía: «Aci jauen los antichs senyors de Vilatgir per defensar la fe catolica han seguit son Rei militant en Africa».

Al igual que en el primer documento, éste da a conocer la amplia extensión jurisdiccional de la antigua parroquia, así como de los numerosos bienes de que disfrutaba, mucho mayores que en documento anterior: «terras videlicet et vineas cum domibus et arboribus diversi generis, decimas, primicias».

La nueva iglesia había de durar hasta nuestros días, es decir, hasta 1936 en que la revolución la redujo a escombros.

En 1291 el Arzobispo de Barcelona, Bernardo Pelegrí, hizo donación de la iglesia de Parets a la abadesa del convento de Valdoncella, donación que redundaba como un beneficio honorífico y económico a dicho convento, el cual percibió, anualmente, una parte de sus rentas que pertenecían a la iglesia de Parets, rentas que hicieron efectivas hasta que las suprimieron las leyes amortizadoras del pasado siglo.

El monumento

Se trataba de un monumento típicamente románico, con planta de cruz latina con absis semicircular central y otros dos laterales, más reducidos, dedicados a San Esteban, patrono de la parroquia de San Miguel y de Nuestra Señora, los mismos que figuraban en la primitiva iglesia, pues se hace relación de algunos bienes pertenecientes a ellos. La portada era del más puro estilo románico. Constaba el templo de tres altares.

En 1459 sufrió su primera ampliación con la creación de una capilla y altar destinada a San Sebastián. Después de la batalla de Lepanto fué construído un nuevo altar, destinado a Nuestra Señora del Rosario, y a partir del siglo XVIII su número fué creciendo.

Un incendio, acaecido en 1707, determinó importantes obras de reparación y engrandecimiento.

Durante los años 1772 a 80 las obras de reconstrucción continuaron de una manera activa, aportándose cantidades cuantiosas para su embellecimiento, al punto de que el monarca Carlos III autorizara «a los regidores de la población imponer un diezmo a los frutos que se recogían en todo su territorio con destino a la reparación del templo parroquial».

En sus líneas generales el monumento permaneció incólume hasta los años de nuestra guerra civil. En 1936 sufrió su destrucción casi, diremos, total, y desde entonces su vida artística había terminado. Pero no hace muchos meses que sus obras de reconstrucción comenzaron.

El nuevo templo reaparecía más bello todavía. Era su arquitecto don Francisco Folguera, corriendo la parte escultórica a cargo del eminente escultor don Federico Marés. La reconstrucción se hizo partiéndose como base del único elemento que todavía se conservaba del antiguo templo medieval: el ábside.

Su estructura lo forma una nave, con pasos laterales, sobre haces de columnas y de arcos con bóvedas por arista. Los capiteles son historiados, con escenas del Testamento Antiguo y Nuevo, desarrollados paralelamente.

Es de destacar la joya que constituye el retablo e imagen de San Esteban, labrados ambos en fino alabastro y ricamente policromados.

El campanario es, por la sencillez de sus líneas, inspiradas en el más puro estilo románico, uno de los múltiples detalles descollantes. En la fachada central sobresalen el tímpano, protegido por arcos, mostrando un típico elemento decorativo románico y medieval: las esculturas del Juicio Final, todo ello bellamente combinado.

En los capiteles y fajas figuran representaciones de las estaciones del año y otros elementos decorativos.

Tal es en las líneas generales los rasgos más salientes del nuevo monumento.

Estas son brevemente descritas las notas históricas que poseemos de la antigua iglesia de Parets. Diez siglos de historia que culminan con el acto solemne cuya efemérides celebramos. De nuevo la iglesia de Parets se encuentra reconstruída, brillando en su nuevo esplendor que le han procurado unos artífices competentes y gracias a la generosidad de un ilustre patricio, cuyo acto es digno de todo encomio y de ejemplo a seguir.

Luis M. Figueras

EL PUEBLO RUSO, LA LITERATURA RUSA Y SU DESTINO COMÚN

Viene hoy a nuestras páginas una firma del más alto prestigio: ALEXIS MARCOFF, doctor en Filosofía, Matemáticas y Medicina por las Universidades de Kiew y Moscou, que escribe para CRISTIANDAD el artículo que a continuación publicamos, estudio sobre la psicología del pueblo ruso en relación con su propia literatura. (1)

II

Hoy ya se puede hablar de la literatura rusa como de cosa históricamente completa.

Se nos presenta en forma de ciclo perfectamente cerrado y que termina como había empezado: la literatura rusa había sido esclava, sumisa en sus orígenes, después consiguió mantenerse algún tiempo independiente y hoy de nuevo sufre vasallaje, aún más terrible que el de los primeros tiempos.

El camino histórico de la literatura rusa fué circular y por lo mismo trágico fué su destino, como lo es todo destino histórico cíclico.

Pero antes de examinar las tres épocas principales de la historia de la literatura rusa, conviene recordar el período preliterario, folklórico y epistolar donde mejor se expresó el auténtico genio creador del pueblo ruso.

Esto fué en los tiempos cuando aún no había antagonismos entre campo y ciudad, cuando urbe y aldea apenas diferían. Así era en aquel entonces porque todo ciudadano, hasta los que representaban a la incipiente clase intelectual, —nobles, boyardos y gente de Palacio—, apenas se distinguían del tosco campesino de las aldeas. Ciertamente es que los privilegiados se vestían de brocados, terciopelos y pieles de precio, cierto es que vivían en grandes mansiones y rodeados de siervos, poseían tierras y tenían numerosas mesnadas; no obstante todos tenían la misma estructura espiritual, el mismo modo de sentir, por lo que el opulento boyardo escribía lo que pensaba el aldeano analfabeto en su chata isba.

Es en el período anterior al siglo X donde se han de buscar los orígenes de las leyendas heroicas, de rondallas y cuentos populares; fué el tiempo de los proverbios y de la sabiduría popular, el de invocaciones y plegarias, el de cantares de carácter mitológico y el de poéticos reflejos y evocaciones de costumbres, tradiciones y gestas históricas.

Desde el siglo X y hasta el XVI nos hallamos en pleno período epistolar del que participa ya la ciudad; pero aunque intervenga, no se altera la armonía porque urbe y aldea aún se hallan al mismo nivel cultural, la ciudad sabe expresar las penas, alegrías y esperanzas de todo el pueblo en general con quien se identifica. En esta época hallamos todos los elementos característicos del pensamiento y de la elocuencia del pueblo ruso.

Nos hallamos en presencia de la genuina dialéctica popular, de la popular polémica, sensible y didáctica al propio tiempo, cuando el pueblo trata de enseñarnos su cosmología, su etnología y hasta su geografía particular, es decir todos los ingredientes que habían de constituir el "credo" del pueblo ruso.

Valioso y abundante material.

¡Y qué fantasía en los conceptos cósmicos, en la interpretación del Universo y del hombre respecto a él!

(1) Por un descuido en la compaginación del número, que somos los primeros en lamentar, no se publicó esta nota introductoria en la primera parte de este artículo.

En el siglo XVII empezó la recopilación de este tesoro popular, tarea difícilísima y de no poca responsabilidad, destacándose entre los que la emprendieron Kircha Danilov, Chulkóv, Popóv, Makarov, Sájarov, Kireievsky, Buslaev, Afanásiev, Melnikov-Pechersky, etc.

Pero sus trabajos no llegaron a conocerse en Europa y fué con plena ignorancia de la materia como empezaron a opinar sobre el pueblo ruso los sabios occidentales amontonando errores y caminando entre desaciertos.

Por fin en el siglo XVIII y bajo los auspicios de Pedro I asistimos a las primeras manifestaciones de la literatura rusa patrocinada por la Corte en sus comienzos.

Pero los que entonces se valieron de la pluma tuvieron que amoldarse a los gustos y deseos del Emperador quien, como hemos visto antes, tenía el propósito de germanizar Rusia.

En aquel tiempo de seudoclasicismo trasplantado a Rusia descollaron Kantemir, Trediakovsky, Jeraskov y Lomonosov que fué el primer "académico".

Nótese como hecho característico que fué precisamente Lomonosov quien introdujo en la literatura rusa el llamado "alto estilo" para distinguirlo del "estilo villano" que empleaba el pueblo al hablar.

En tiempos de Catalina II las tendencias germánicas fueron reemplazadas por las francesas y los escritores rusos, dependiendo siempre de la Corte, naturalmente trataron de seguir los gustos de la Emperatriz, cuyos ideales eran los de Bentham y Montesquieu. Aparecieron las odas y las producciones ditirámicas de Derdjavín, la Historia "oficial" de Rusia de Karamzín y su "Pobre Lisa", novela saturada de sentimentalismo francés.

Claro está que las poesías de Bogdanovich como las de Derdjavín en el romanticismo francés, son admirables y constituyen enorme adelanto en la evolución del idioma, pero esto precisamente es lo único ruso que tienen: el idioma. Las producciones de Derdjavín, Lomonosov, Jukovsky y demás poetas y escritores palatinos nos recuerdan esas decoraciones que Potemkin, el favorito de Catalina, montaba al paso de la Emperatriz en su viaje al Sur de Rusia: pintorescas casitas hechas a todo correr, rubicundos y sonrientes campesinos ataviados con arte teatral, rebañes formados con reses traídas de todas partes para el caso...

Y también sabemos cómo respondió el pueblo a estas "muestras de abundancia, contentamiento y afección al trono": con la "pugacheva" sangrienta.

Muchos quedaron pensativos a tiempo que se les abrían los ojos. Aparecieron el criticismo y la sátira con Novikov, Radischev, Griboyedov y Rileiev, los más importantes.

Así se llega a Gogol y Puchkin, tiempos en que los escritores empezaron a emanciparse de los círculos palatinos, formando, en cierto modo, una oposición y pasando la literatura a manos de nobles y terratenientes.

Gogol fué indudablemente el más recto de todos; y decimos "recto" porque describía las cosas tal como eran, sin hermosearlas ni falsearlas. Pero Gogol no había de recurrir

a artificios para ser agradable; conocía bien su Ucrania y se limitaba a describir sus bellos paisajes y a sus admirables moradores. En "Las veladas de Dikanka" y "Tarás Bulba" se refleja fielmente el carácter ucraniano de aquel tiempo, con todas sus virtudes, con todos sus defectos y su primitiva alma "rusa".

Pero Gogol difiere notablemente de todos los escritores más recientes, especialmente de Turgueniev, Dostoyevsky y L. Tolstoy, estos corifeos de la literatura rusa y que han sido reconocidos "conocedores" del pueblo ruso.

Desgraciadamente Gogol sólo conocía la Ucrania y tan sólo de ella permiten juzgar sus obras.

La Ucrania y Gogol se identifican perfectamente. Y puesto que de Ucrania se trata, observémosla bien. Y por mucho que la miramos nada oriental encontramos, como tampoco nada asiático, ni nada occidental. La Ucrania es lo que es, una de las partes constitutivas del vasto Imperio y puede que la que más se distingue de las otras por su carácter, porque durante largo tiempo se mantuvo independiente de Moscú y del Gobierno central.

La psicología del campesino ruso tal como la entiende por ejemplo Turgueniev en sus "Memorias de un cazador" no se puede aplicar a "jojól" de Ucrania (el apodo de "jojól" lo dieron los moscovitas a los ucranianos a causa de la coleta que solían llevar éstos). En vano buscaremos en él esa metafísica de contenido mesiánico muy especial que Dostoyevsky atribuye al "pueblo" ruso, como también es ajeno a esa filosofía religiosa que descubre Tolstoy en el alma popular rusa.

En "Almas muertas" Gogol nos describe magistralmente a ciudadanos y hacendados ucranianos. Pero en ellos tampoco encontramos nada de lo indicado.

Después de Gogol aparece Puchkin, otro autor de reconocida probidad, pero que se mueve en esfera distinta; sus tipos son ciudadanos, no forman parte del pueblo. Es un escritor que también se aparta mucho de Turgueniev, de Dostoyevsky y de Tolstoy.

Después de estos dos colosos de la literatura rusa, hemos de mencionar a Grigorovich, cuyas descripciones de la vida en las provincias centrales deben considerarse como las más fieles e imparciales, en tanto que los mismos méritos han de reconocerse en Mélnikov-Pechersky respecto a la religión del Volga.

El occidente europeo ignoró a ambos. Mélnikov-Pechersky es quien merece, indudablemente, mayor atención. Sus obras son todo un mundo, es la Rusia auténtica y tradicional la que brota de sus relatos, la Rusia fontal que se ha separado del Estado y vive su vida genuinamente rusa, es el mundo de los "antiguos creyentes". Esta es la Rusia pura, sin mezcla asiática ni occidental y tal como hubiese podido ser toda ella de no mediar las reformas de Pedro I y otros experimentos aún peores.

Es indudable que en condiciones normales el desarrollo cultural de Rusia habría sido bastante más lento, pero en cambio hubiese sido más auténtico, más sólido y más sano.

A los citados escritores los hemos clasificado como formando la oposición al gobierno, pero no enemigos del mismo. Se trataba de oposición sana y leal, como lo era cuanto escribían, sin condensar los colores, sin exageraciones en tal o cual sentido político o social, sin deseos de alimentar el falso optimismo de los gobernantes y sin crear desagradable pesimismo. Era, pues, literatura auténtica y no la propaganda social de tiempos más modernos, admirablemente escrita, es cierto, pero propaganda al fin y al cabo.

Digamos ahora unas palabras de Turgueniev, a quien se debe considerar como a uno de esos señores con deseos de escribir en defensa del "pueblo".

En primer lugar llama la atención el dualismo de tales producciones: por una parte se ensalza la vida del hacen-

dado ruso en los grandes y hermosos predios, donde abunda la caza y la pesca, se describe la vida cómoda del terrateniente que transcurre entre diversiones y festines dignos de Lúculo, expresándose claramente el deseo de conservar ese "amplio" modo de vivir.. y al propio tiempo se lucha contra el vasallaje, se exigen reformas sociales como si con el régimen que viniese no hubiesen de desaparecer el fausto señorial.

En todas estas obras se siente ese "liberalismo del gran señor" que es políticamente contrario al gobierno, pero que al propio tiempo exige el respeto del pueblo hacia su persona y sus cosas.

Y sin embargo, tanto Turgueniev como Saltikóv, Ogarév y otros muchos descendientes de nobles boyardos, estaban en contacto más estrecho con el pueblo que los que vinieron a relevarles.

Los nuevos escritores desconocían por entero al campesino porque pertenecían a otra clase social: fueron funcionarios del Estado, empleadillos y pequeños burgueses que se apresuraron a situarse al lado de los enemigos del gobierno y, naturalmente, incluyeron entre los "aborrecidos" a los nobles y a los dueños de grandes tierras, aunque no fuese más que por envidia a la vida que llevaban éstos.

Con ello se hizo muy marcado el carácter social de la literatura rusa. Sin embargo los primeros intentos de presentar al campesino ruso como elemento principal de descontento y apoyarse en él para provocar la deseada revolución social, fueron rotundos fracasos. El campesino, es decir el "pueblo" no solamente permaneció sordo, sino que no supo ni comprender adónde ni para qué se le llamaba.

Deseaba "tierra e independencia" ("volia") y no "libertad" como la entendían sus espontáneos preceptores. Le sublevaba e indignaba la propaganda ateísta y no concebía una Rusia sin Zar.

El campesino ruso fué pronto abandonado por inútil por los "maestros" occidentalistas y sólo siguieron interesándose por él los "eslavófilos" que aún esperaban algo del pueblo.

Estos eslavófilos al no encontrar tampoco en el campesino ruso lo que con tanto afán buscaban, empezaron a atribuirle una psicología compleja e ideas entre elevadas y peregrinas (Dostoyevsky) impropias naturalmente del rústico, del sencillo "mujik".

Fueron ideas y psicología que el campesino no tenía ni podía comprender, pero que quizás hubiesen podido inculcarse en otras clases sociales de nivel cultural más elevado, como se advierte en cierto modo al analizar a fondo los elementos con que especulaba Dostoyevsky.

Después del fracaso sufrido con el campesino, los escritores revolucionarios rusos se dirigieron a otra clase social humilde, a la incipiente clase obrera que apenas acababa de aparecer en virtud del tardío desarrollo industrial del país.

Entre los obreros, en el proletariado y entre los necesitados hallaron terreno más propicio, pero muy pronto ellos mismos se vieron desplazados y hasta considerados como "retrógados" porque sus ideas eran demasiado abstractas, demasiado elevadas y profundas para el fin práctico revolucionario. Fueron substituidos por escritores esencialmente "proletarios" al estilo de M. Gorky y que supieron conducir a término el alzamiento.

Pero en este punto ya nos apartamos del tema propuesto. Nuestro propósito era demostrar que al "pueblo" ruso, al campesino que forma en Rusia la gran masa popular no se le puede juzgar por las obras de Dostoyevsky, Rosanov, Merejkovsky u otros autores de esta pléyade.

No por esto, sin embargo, carecen de valor sus ideas, ya que adquieren gran importancia y cobran realidad al aplicarse a clases sociales rusas más elevadas.

El campesino que constituye la parte esencial de la población de Rusia fué el elemento menos estudiado y nunca

DE ACTUALIDAD

fué comprendido ni bastante retratado en la literatura rusa. Lo contrario se observa con las demás clases sociales: todas han sido examinadas desde los más encontrados puntos de vista por innumerables autores y en este sentido la literatura rusa es mucho más completa y adelantada que la occidental.

En los comienzos de la revolución, el campesino ruso se unió casi involuntariamente al movimiento "desórdenes agrarios", dirigidos contra los terratenientes. Cuando se dió cuenta hacia dónde se le arrastraba se hizo "verde" y luchó por su tierra, tanto contra los "rojos", como contra los "blancos", pero ya era demasiado tarde...

En lugar de la soñada independencia y de ser dueño de una parcela, como le prometieron sus "literarios" liberadores, se encontró reducido a la condición de obrero de un "koljoz" o de alguna fábrica, a lo sumo trabajador de una empresa del Estado y esclavo más que antes de su liberación.

El mismo destino tuvo la literatura rusa.

Habiendo alcanzado por breve tiempo la deseada libertad, habiéndose emancipado de la tutela gubernamental, hoy de nuevo es esclava, esta vez de un "señor" mucho más terrible que, además de imponerle la férula estatal, le exige que pertenezca al "partido".

Dr. Alexis Marcoff



OBRAS RECIBIDAS EN LA REDACCIÓN ⁽¹⁾

SAN CIRILO DE JERUSALÉN.—*Las catequesis*.—Tomo II. Trad. y notas por FRAY ALBINO ORTEGA.—Ed. «Aspas», S. A. Madrid, 1945.

ALBERTO ARREDONDO.—*Cuba. Tierra indefensa*. Ed. «Lex». La Habana, 1945.

P. MICHEL RIQUET, S. J.—*Le Chrétien face aux ruines*. (Conférences de Notre Dame de Paris). Ed. «Spes». París 1946. *Les chemins de la Charité*. (Conférences de Notre Dame de Paris). Retraite Pascale. Ed. «Spes». París.

La doctrina de los doce Apóstoles y Cartas de San Clemente Romano. Versión y notas por el Rvdo. P. DANIEL RUIZ BUENO, C. M. F. Ed. «Aspas» 1946.

P. IGNACIO CASANOVAS, S. J.—*Reliquias literarias de Balmes*. Editorial «Balmes». Barcelona 1910.

AGUSTI ESCLASANS.—*50 sonets espirituals*. Bibl. Ritmológica. Barcelona, 1935.

FRANCISCA PALAU-RIBES CASAMITJANA.—*Formar y educar*. Ed. «Políglota». Barcelona, 1946.

ANGEL M. CARIBAY K.—*Elogio fúnebre de los Arzobispos de México*. Ed. «Abside». México, 1946.

FR. JOAQUÍN SANCHIS ALVENTOSA, O. F. M.—*La escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del Siglo de Oro*. Editorial «Verdad y Vida». Madrid, 1946.

BERNABÉ NAVARRO B.—*La Iglesia y los indios en el III Concilio Mexicano*. Ed. «Abside». México, 1945.

FRANCIS BORGIA STECK, O. F. M.—*Ensayos históricos hispanoamericanos*. Ed. «Abside». México, 1940.

DR. D. CUNILL PUIG, Pbro.—*El apostolado de los seglares en los primeros tiempos de la Iglesia*. «Seminario Conciliar de Barcelona». 1946.

(1) En esta sección se anunciarán las obras que recibimos, sin comprometernos no obstante a publicar, por falta de espacio, crítica bibliográfica alguna, a no ser en los casos en que la obra se adapte de modo especial a la índole de nuestra revista.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIGESTO CATOLICO

«LA HEBRA DE ORO DEL PENSAMIENTO CATOLICO»



PUBLICACION MENSUAL ARGENTINA

Herrera, 527

BUENOS AIRES

MENSAGEIRO DE S. BENTO

ORGÃO DOS OBLATOS E DAS MISSOES BENEDITINAS



MOSTEIRO DE SINGEVERGA • NEGRELOS (Portugal)

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL



Suscripción:

| | |
|----------------------|-------------|
| Anual | 70'00 ptas. |
| Semestral | 35'00 " |
| Trimestral | 18'00 " |

Número ordinario 3'00 ptas.

Cuevas de Artá

MALLORCÀ



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

**Las maravillosas
Cuevas de Artá**
